



DIFERENTES EFECTOS DEL AYUNO

Silencio roto

Habrán notado mis lectores que desde hace unos meses me ocupó muy poco, ó casi nada, de política. Considerándome casi un vencido, no he querido imitar á los conservadores lanzando frases que pudieran traducirse por despecto. Después de todo, quizás sea yo el equivocado.

Y he dicho que me considero un vencido, al ver que casi todo lo combatido por mí en el republicanismo resurge ahora y es aceptado por la mayoría. Combatí la abundancia de partidos, y hoy hay más que nunca; traté de que prescindieramos de apelativos y nos llamásemos sólo republicanos hasta traer la república, y los apelativos abundan; censuré la celebración continua de banquetes, y se realizan á cada instante; me revolví contra los que en los mítins amenazaban por sport ó costumbre, y surge un héroe presunto en cada orador; me burlé de las profecías sobre la próxima venida de la República, y me hallo con que los hombres de más talla del republicanismo, la dan ya casi por reconquistada; intenté llevar al ánimo de todos la idea de que el Pueblo y el Ejército son los dos únicos organismos necesarios para la vida, grandeza y prosperidad de la patria, y advierto que muchos republicanos (no todos en verdad) hacen lo posible porque no lleguen á unirse (compenetrarse estaría mejor.)

Por todo eso, y algo de menor cuantía, me consideraba, si no un fracasado, casi un vencido; pero han dado los correligionarios en pedirme que hable, y desde el próximo número comenzaré á hacerlo.

Y ahora, una anécdota:

Llegó á oídos de D.^a Isabel II que uno de sus generales más fieles tenía un niño de unos ocho años, notable por lo desvergonzado y desenvuelto, y pidióle que lo llevara á palacio un día.

El padre se excusó de mil maneras, que acrecentaron en la reina el deseo de conocer al precoz desvergonzado, hasta que al fin no tuvo más remedio el general que presentarse con él.

Excuso encarecer las advertencias que el padre le había hecho para que no pronunciara palabra que herir pudiese los reales oídos, y las veces que el niño había prometido obedecer al padre.

Una vez en presencia de la reina, adoptó el niño una actitud de comedimiento y compostura que encantó al general; en vano D.^a Isabel le interrogaba, le besaba, le excitaba á que hablase. Algún sí ó algún no, era lo único que obtenía.

Cuando ya la escena iba resultando aburrida, la fortuna ó la desgracia llevó al salón á D. Francisco de Asís, que acudía también á oír las gracias del niño, y que, al enterarse de que no había habido medio de arrancarle una palabra, preguntóle con aquella voz atiplada que tan célebre lo hizo:

—¿Dime, niño ¿por qué no hablas?

Y...
—¡Peineta! ¡Qué voz!—exclamó rápidamente el pequeño silencioso en palacio, dejando á su padre desolado, á doña Isabel conteniendo la carcajada y á don Francisco en la situación que puede suponerse

Haré cuanto esté de mi parte porque no se vean obligados los que hoy me excitan á hablar, á decir, aunque por razón inversa:

—¡Badajo! ¡Qué voz!

JOSÉ NAKENS

Cosme Echevarrieta

El día 28 del actual hará se's años que murió este hombre que tanto valía, tanto quise y á quien tanto debí.

Era uno de los que, por lo que hizo para que viniese y lo que estaba dispuesto á hacer, merecía haber visto triunfante la República.

¡ALBRICIAS!

Se las doy á los ayudantes y vigilantes del Cuerpo de Prisiones; á esos infelices que sufren hambre hasta el extremo de haber sido alguno sorprendido devorando furtivamente el rancho de los presos; á esos que no pueden ni hartar de pan seco á sus hijos; á esos que ven á sus mujeres vestidas de andrajos; á esos que á lo mejor sucumben extenuados por falta de alimentación, á causa de no pagárseles siquiera el mezquino sueldo que tienen asignado, como ocurrió hace poco á uno en Murcia.

Y les doy las albricias, no porque les vaya á pagar ya el Estado sus sueldos mezquinos, según está acordado tiempo ha; ni porque se los aumenten; ni porque les hayan concedido derechos pasivos, no; esas serían simples satisfacciones materiales, aunque justas, que no satisfarían tanto sus espíritus como la noticia que voy á darles; noticia que nublará los ojos de sus mujeres medio desnudas y sus hijos hambrientos, y no con las lágrimas amargas y angustiosas del dolor continuo, que acudieron á ellos hasta ahora al contemplar su miseria y abandono, sino con las que se elevan puras del corazón al solo relato de una acción noble y abnegada.

La acción es esta sencillamente:

La plantilla de la Sección Técnica de la Dirección general es hoy ésta:

	Pesetas
Un jeje de administración de primera.....	10.000
Uno de segunda.....	8.750
Uno de tercera.....	7.500
Uno de cuarta.....	6.500
Dos jefes de negociado de primera á 6.000.....	12.000
Dos de segunda á 5.000.....	10.000
Dos de tercera á 4.000.....	8.000
Total.....	62.750

Pues bien: teniendo en cuenta la situación afflictiva de los vigilantes y ayudantes, se trabaja en la Dirección para llevar á los nuevos presupuestos la reforma siguiente:

	Pesetas.
Un inspector general.....	11.500
Un oficial primero.....	10.000
Uno segundo.....	8.500
Uno tercero.....	7.000
Dos ídem á 7.000.....	14.000
Dos auxiliares primeros á pesetas 5.750.....	11.500
Un auxiliar de segunda.....	4.750
Un auxiliar de tercera.....	4.250
Total.....	71.500

Como se ve, esta reforma contribuirá poderosamente al bienestar y sosiego de los empleados aludidos.....

Allá por los primeros años de la restauración, conocí yo á un señor que tenía un colegio en la calle de San Onofre, donde preparaba los alumnos para el ingreso en Correos y Telégrafos; era ferviente espiritista y se había con la hora de salir en peregrinación planetaria para desligar su espíritu de los lazos groseros de la materia.

Tuve que hablarle una noche, y fuí á su casa. Me hace pasar al comedor, y lo veo á un extremo de la mesa mano á mano con una perdiz estofada, en tanto que su mujer y un hijo de unos doce años que tenía, se las entendían con una modesta fuente de patata.

Prodújome tal efecto la escena, que debió asomar á mi rostro algo parecido al asombro en consorcio con el asco; permanecí después silencioso hasta que mi hombre dió cuenta de la perdiz; tomó su postre, y salimos á la calle.

Una vez en ella, díjome con tono entre convencido y compungido:

—Ya observé la impresión desagradable que le produjo á usted el verme comiendo la perdiz mientras mi pobre familia tomaba aquellas patatas. Es natural. A mí me hubiera ocurrido lo propio. Pero ¡ay!, es que usted ignora que esos infelices no tienen otro amparo que el mío.

—¿Qué?... ¿Qué dice usted?—le repliqué estupefacto, no queriendo dar crédito á lo que oía.

—Que esos infelices no tienen más amparo que el mío; y el día que yo les falte... Por esto procuro siempre alimentarme un poco mejor que ellos...

No supe qué contestarle. Dudé entre abofetearle, escupirle, pegarle un tiro; pero acabé por separarme de él violentamente, decidido á no saludarlo en mi vida.

Y lo cumplí.

Este incidente, que había olvidado, resurgió en mi memoria al recibir la noticia de haberse acordado en la Dirección General de Prisiones el aumento de sueldos á los empleados de la Sección Técnica.

¡Como los pobres vigilantes no tienen más amparo que el de ellos!...

Literatura episcopal

En Obispo hay un Santander que en cuando pastorea escribales de cuando haciendo cristo de judío y de mezela. Su filosofía no es gramática que mejor; ambas están á dos á un zapato de la altura. Su último *combate* se intitula el *buen escrito*; ciempiés ó mosaico de especie, que ni el mismo capaz es diablo de descifrarlo.

La intención es recomendable y toda digna de un pastor de almas que cobra veinte mil pesetejas anuales, ó sea el jornal que no ganaron en un año de labranza sus veinte mil abuelos y abuelas.

El Venerable obispo católico siéntese judío de sacerdocio; y no hallando en el Evangelio textos adecuados á su intento, ha de ir á buscar su nada menos que al libro de los Macabeos, contemporáneos de Mari Castaña.

Cuéntanos el ilustradísimo doctor que en Siria, punto que no sabría señalarnos con precisión en el mapa-mundi, hubo un rey impío llamado Antíoco Epifanes, que no fué amigo de la Cleo de Merode ni pidió el confesor á la hora de la muerte, como tampoco lo pidió Jesucristo, ni su Madre, ni ninguno de sus apóstoles. Ese rey, impío, «pasó á cuchillo á innumerable multitud de hombres, mujeres y niños», es decir, fué un inquisidor mondo y lirondo; «y se propuso exterminar y aniquilar al pueblo de Israel», al cual exterminaron de hecho los monarcas cristianos, asándolos vivos en Mallorca, en donde los buenos católicos siguen insultando á los *chuetas*, descendientes directos de aquel pueblo.

Un tal Judas, judío y al parecer maestro y modelo de obispos cuando lo invoca el de Santander, se levantó á predicar la guerra santa, diciendo á sus compadres: «Peleemos por nuestro pueblo y por nuestros héroes», palabrejas que el citado desaprensivo traductor traduce por estas otras, dándonos gato por liebre: «Peleemos por nuestro pueblo y por nuestra Religión *«sanctis nostris.»*»

El Prelado ve en ese pasaje el «luminoso ejemplo» de lo que en España ocurre. Y he aquí sus términos:

«Si esa Religión santísima (la religión santísima es la suya, ¡claro! La de los demás es abominable. Eso dice el comerciante de los artículos de su tienda, y eso decían los obispos de Baco para poder fusilar á los cristianos) se viese en algún pueblo ultrajada y perseguida, ¿no sería lícito y hasta obligatorio á los que la profesan, salir á su defensa, á imitación de los Macabeos?»

«Pues esa persecución es ya manifiesta: nuestra querida patria ha sido elegida como objeto preferente del odio de los enemigos de Dios; sin duda porque en España, mejor que en las demás naciones, se conserva la fe católica y la adhesión al Romano Pontífice, y Nuestro Señor Jesucristo es con mayor esplendor adorado y amado (y sobre todo, imitado por los *outsips*). Si hasta ahora no hemos visto venir sobre ella las guerreras legiones de Antíoco (hasta aquí sólo hemos visto los legiones de la Defensa Social y de frailes de todas castas) algunas avanzadas ya llegaron á Cataluña. No se puede dudar que el mal espíritu (hombre; ustedes los obispos no sólo saben lo que piensa Dios, sino lo que piensa el Diabolo. Esto se llama te-

ner espíritu... y tupé), que excitaba el furor de aquel monarca impío, agita también ahora al Consejo Supremo de la *Masonería universal* que va organizando sus huestes, para librar rudo combate contra la Iglesia Católica, con el propósito de borrar del mundo el nombre de Cristo, y llegar al ateísmo, y establecer el reinado del grosero materialismo con su natural cortejo de inmundicia.»

¡Hombre... hombre...! No empujar tanto. Primeramente nadie ha pensado en borrar el nombre de Cristo, sino el de los Caifases que lo crucificaron y el de los Judas que le vendieron y el de esos otros Judas y Caifases que lo resucitaron cada día para poderlo vender y matar de nuevo.

Y en cuanto al *grosero materialismo*... ¡vaya, señor obispo!... Apuesto doble contra sencillo que usía pone mejor semblante al habilitado cuando le lleva los milejos de la nómina *materialista y grosera*, que al capitular cuando le lee el *Pax vobis* del Padre celestial... Seamos francos!...

Pase eso de la *Masonería*; es un fantasma que sirve admirablemente á su objeto de espantar bobos. Por suerte de la nómina, no hay tal *Masonería* en España, lema de las logomauquias clericales. Ustedes la hacen y la deshacen á su gusto, como hacen y deshacen al diablo y á Dios, que parecen puestos de acuerdo para hacerles el caldo gordo á los obispos.

El sapientísimo Prelado copia luego unos cuantos dicharachos atribuidos por los clericales al infortunado Ferrer. Todos podrían comentarse, pero ahí van algunos:

«Es una grosera mentira el amor á la patria... ¿Qué dice de esto el obispo? Con el Evangelio en la mano yo le contesto:

«Si corresucitásteis con Cristo, buscad y gustad lo de arriba; no las cosas de este mundo.» «Nuestra patria está en el Cielo...»

«El asesinato ha sido considerado siempre como una gran acción...» Esta frase está sin terminar; falta añadir: «por los que asesinan á sangre fría y en nombre de Dios, v. gr. la Inquisición.» Y v. gr. el obispo de Santander, que predica la matanza de *impíos* que no tienen la piedad á medida de su gusto episcopal.

«El matrimonio es la prostitución santificada por la Iglesia y protegida por el Estado...» También esto necesita aclaración: Ferrer entendía poco de estas cosas; se ve que el diablo que le inspiraba era un neciote. El *matrimonio* civil es una prostitución, ó sea un concubinato... Lo dicen la Iglesia y el arzobispo de Valencia, de quienes pudo aprenderlo Ferrer. El *matrimonio canónico* es legalmente nulo... Lo dicen los Estados modernos. He ahí el *Estado y la Iglesia* echándose á la cabeza los trastos matrimoniales.

«La familia es un obstáculo al desarrollo de todos los hombres.» Este es un dogma de la Iglesia, reverendo en Cristo Padre; ella enseña que los *hijos* son engendro del pecado. Y que el matrimonio es opuesto á la perfección cristiana. La Iglesia y Ferrer están de acuerdo.

El gran crítico llama «enormidades» á esas máximas cuando las dice Ferrer; y santidades cuando las halla en la Iglesia. Y como está seguro de que su *clero*

y fieles no verán el cubileteo, por eso puede cubiletear.

No nos hacemos solidarios de ninguna doctrina de Ferrer en particular; sólo hacemos resaltar la hipocresía y doblez de quienes fingen asustarse de lo que ellos mismos enseñan, al oírsele contar á él en términos reductibles á la misma sustancia.

Y aquí viene lo grave: la promulgación de la *guerra santa*, ó sea la proclamación de la guerra civil, en estos términos que el Fiscal de S. M. puede ponderar y aun quizás sean de la competencia militar:

«No os llamo yo AHORA á combatir con armas homicidas; ESA PODRAN MANEJARLAS GOBERNANTES O CAUDILLOS SUSCITADOS POR DIOS en caso necesario, os llamo á pelear con armas espirituales que dan la vida. Buscamos y defendemos principalmente las almas, expuestas á perecer á los golpes del error y de la impiedad; contra esos enemigos el arma más poderosa es la palabra de Dios; arma «más penetrante que espada de dos filos.»

He aquí hipócritamente deslizada la teoría de la sedición, de la rebelión de la guerra civil homicida y fratricida; AHORA no proclama la *guerra homicida*; «esa PODRÁ proclamarla el CAUDILLO suscitado por Dios en caso necesario», reservándose al obispo el derecho de declarar cuando sea necesario y quien sea el *caudillo* suscitado por Dios.

Fijense los gobernantes en la insidia de esas locuciones; examinen si en los tiempos del carlismo hubo tal osadía, y véase si es tolerable que el Estado costee el papel ó impresión de tales enseñanzas.

Y van...

Otro conflicto en un entierro civil

Muere un niño del presidente de la Federación Obrera, en Logroño; dispone el padre que se entierre civilmente; llega el cadáver con su cortejo al cementerio; y en la misma puerta surge un cura, oponiéndose á la celebración del acto.

Esta vez resolvió el conflicto el gobernador, mandando que el entierro se hiciera conforme lo había dispuesto el padre, el verdadero, no el de nombre.

Pero la jurisdicción eclesiástica protestó ante la civil, y salió un sacerdote escapado para Calahorra con objeto de contárselo al obispo.

Por mí puede contárselo, no digo al obispo, al nuncio.

Lo hecho, hecho está.

Católicos modernos

Voltean las campanas anunciando las festividades religiosas; damas elegantes y caballeros puleros ocupan el crucero; menstrales, artesanos, trabajadores del campo, llenan las capillas y los rincónes; elévase el incienso; se oye el musitar de las oraciones, el bisbisar del rezo.

Cualquiera que viese en aquellos instantes el templo, creería que éramos esclavos de la Iglesia, adoradores del cristianismo, súbditos del Papa, fervorosos creyentes, servidores del clero... ¡Ay! Se engañarían. Todas esas gentes acuden á la iglesia, por costumbre rutinaria los unos, por algo peor los otros. Oyen con religiosidad aparente los cánticos sagrados, y con fingida unción y recogimiento adoran la invisible é incomprendible divinidad del Verbo, y luego critican los vicios de los ministros del altar, y se burlan de las liturgias que presenciaron, como se presencia una comedia aburrida é insulsa.

Son largas las procesiones, abundan las cofradías, no faltan juntas piadosas é instituciones religiosas, pero todo ello es ostentación mundana. Se acude á las iglesias para no tener necesidad de ir á otros sitios menos públicos y más comprometidos á hablar con el galán, cambiar la cartita amorosa que no se atrevieron los amantes á confiar al correo. Se asiste á las procesiones, para exhibir la *toilette* que no hay ocasión de lucir en otra parte tan ostentadamente. Se forma parte de esas juntas y de esas instituciones, ellas, por afán de notoriedad; ellos, por algo más pecaminoso.

Yo no creo, no puedo creer que todos esos caballeros y todas esas señoras que alardean de religiosidad, sin que sus actos concuerden con sus palabras, sean religiosos de verdad ni cristianos de convicción. La ostentación, el orgullo y la vanidad no son cristianos; y á estas tres cosas, cuando menos, se debe esa concurrencia de los templos, esa animación en los actos públicos y externos del culto, ese afán de constituir juntas para que la prensa jalee á los que las forman.

Un día que estaba de buen humor penetré en una iglesia. Unidos, apretados, estrujándose casi y sin casi, se rozaban los cuerpos abrasados por el calor y estremecidos por el deseo, y fingiendo unción religiosa, se apareaban, buscando cada muchacha su galancete y cada galán su doncellita. Y los cuerpos sentían los estremecimientos de los cuerpos, cual si una corriente eléctrica de placer los pudiese en contacto...

Y que Dios no estaba en los pensamientos de los concurrentes ni su imagen en sus ojos, se comprendía viendo los colores rojizos de aquellos semblantes abotargados por la sensualidad, y los reflejos de aquellas miradas afanosas y hambrientas...

Sí; en aquellos cerebros germinaban ideas sensuales, á los ojos aquellos asomaban relámpagos de deseo carnal; aquellos labios que parecían invocar á Dios, dedicaban silenciosas endechas amorosas á la divinidad cercana...

Sentí repugnancia é indignación, y abandoné el templo. En el dintel vi una muchachita que entraba roja y conmovida y que se incrustaba en la masa de palpitante carne, y tras ella, un chiquillo que á ella se pegaba como la ostra á la roca.

Y al verme fuera escupí; sentía el estómago removido por tanta suciedad.

LUCIANO PASTOR

Calatayud.

La ciencia no prepara ningún dogmatismo nuevo, ningún fanatismo nuevo;

dejaría de ser ella misma si se inmovilizase en un dogma. La Ciencia positiva no es y no puede ser más que una aproximación de la Verdad, y el libre examen es el artesano de una crítica eterna que nos aproxima á ella sin cesar, sin que jamás logremos alcanzar lo absoluto. Jamás podrá el hombre de ciencia jactarse ante su hermano de ser el depositario de la verdad absoluta, ni podrá, por consiguiente, intentar imponer á su hermano que piense como él. La conciencia creciente de la relatividad de nuestro saber es la prenda decisiva de la tolerancia.

HECTOR DENIS

El pobrecito clero

Según Cabarrús, las personas consagradas por voto de castidad, pobreza y obediencia á la Santa Iglesia católica en 1800, poseían 12.500 millones de reales en fincas rústicas, que les producían una renta anual de 582 millones: á esta cifra hay que agregar los ingresos ordinarios de ambos cleros, que en 1803 eran:

	Reales.
Por misas	43.800.000
Por sermones.....	8.200.000
Por rosarios, votos y exorcismos.....	2.000.000
Por derechos de estola.....	30.000.000
Por diezmos.....	334.000.000
Por productos de imágenes, limosnas, etc..	34.000.000
De la renta anual por fincas rústicas.....	582.000.000
TOTAL.....	1.034.000.000

¡MIL TREINTA Y CUATRO MILLONES DE REALES!

¡Y luego decimos que España está pobre! ¿No ha de estarlo, habiéndole *chupado* la sangre de tan incesante é implacable manera esas legiones de sanguijuelas insaciables, que se llaman clérigos, obispos, monjas, frailes, etc., etc.?

Lo milagroso es cómo no ha desaparecido del mapa hace ya siglos.

LOS VALDENSES

Las persecuciones contra los Valdenses fueron de las más odiosas de que se ha hecho culpable el catolicismo. Los Valdenses del Sudeste de Francia eran de un temperamento muy pacífico, de carácter suave y de costumbres austeras. Véase lo que dice Michelet de ese pequeño pueblo tranquilo y laborioso, propenso á cierto misticismo y al que se creía nacido para un cuento de hadas:

«Si el cristianismo reside todo él en un sentimiento dulce y puro, en una fraternidad seria, en una gran caridad mutua, ese pequeño pueblo fué en verdad un admirable idilio cristiano... Esos trabajadores sencillos ponían la salvación en sus obras y en el trabajo. Es de ellos este axioma: «Trabajar es orar.»

Perseguida desde 1200, la pequeña Iglesia valdense «forzada en sus montañas en 1400, huye á las nieves en pleno invierno y ochenta niños perecen helados en sus cunas.

En 1483, nuevas víctimas. Innumerales fa-

miliars, y entre ellos cuatrocientos niños, perecen asfixiados en una caverna.

Contra ellos la Inquisición apela á los refinamientos más feroces de crueldad. Tomamos de Samuel Morland, embajador de Inglaterra en Saboya, y que fué testigo de todas esas abominaciones, las líneas que van más abajo; se verá qué espíritu de perversión animaba á esos verdugos. No hay probablemente ejemplos de un salvajismo igual en la historia de los pueblos bárbaros, ni en la vida de los pueblos de legros menos civilizados del Africa.

«Jamás, dice, los cristianos cometieron tantas crueldades contra cristianos. Se cortaba la cabeza á los Bardos (eran los pastores de esos pueblos); se las cocinaba; luego las comían. Se abría el vientre á las mujeres hasta el ombligo, con piedras afiladas. A otras les cortaban los senos, los cocinaban y los comían. A otras se les ponía fuego en las partes sexuales; se las destrozaba y en su lugar ponían carbonos encendidos. A otras les arrancaban las uñas con pinzas. Se ataba á los hombres medio muertos á la cola de los caballos y en esa forma se les arrastraba por entre los peñascos. El más suave de los suplicios era ser precipitado de lo alto de una montaña escarpada, de donde muchas veces caían sobre árboles de los que que taban colgados y donde morían de hambre, de frío ó de sus heridas. A otros los hacían añicos y se sembraban sus pedazos y su carne sanguinolenta por el campo. Se empalaba á las vírgenes y, en esa forma, se las llevaba á modo de estandartes. Entre otros se arrastró á un joven llamado Pelanchión por las calles de Lucerna sembradas por todas partes de guijarros puntiagudos. Si el dolor le hacía levantar la cabeza ó las manos, se las deshacían á golpes. Por último le cortaron el miembro viril y se lo hundieron en la garganta, de cuyo modo lo ahogaron; luego le cortaron la cabeza y se dejó el cuerpo tirado en la orilla del lago. Los católicos con sus propias manos despedazaban á los niños que arrancaban de la cuna; á las niñas, las ponían á asar vivas, les cortaban el seno y se lo comían. A otros les cortaban la nariz, las orejas y otras partes del cuerpo. Llenaban á otros la boca con pólvora de cañón y le prendían fuego. Desollaban vivos á otros, estirando su piel en las ventanas de Lucerna; á otros les arrancaban los senos, los asaban y se los comían. Los más suaves suplicios eran arrancarles el corazón, quemarlos vivos, cortarles la cara, hacer con ellos moatones y ahogarlos. Pero se mostraron verdaderos católicos y romanos dignos cuando encendieron un horno en Garcigliane y obligaron á once Valdenses á arrojarlos unos después de otros en las llamas hasta el último que lo echaron en ellas los mismos asesinos. No se veía, en todos los valles, otra cosa que cuerpos humanos muertos ó moribundos. Las nieves de los Alpes estaban teñidas en sangre. Se encontraba aquí una cabeza cortada, allí un tronco, piernas, brazos, entrañas desechas y un corazón que aún latía»

Tal es el cuadro casi inverosímil de las atrocidades cometidas en el nombre de Cristo por sus sacerdotes y sus fieles sobre esos Valdenses, notables por la pureza de sus costumbres. ¡No es una calamidad, para los pueblos en que florece, una religión que desencadena furioses semejantes! Demos gracias á los hombres que la denuncian y la combaten en su fanatismo y en sus excesos.

E. H. CIMON

Lógica irrefutable

Los mercaderes de indulgencias se habían establecido en Yaguenan en 1517.

La mujer de un zapatero, usando de la facultad que concedía la instrucción del comisario general, había adquirido, contra la voluntad de su marido, una bula de indulgencia, pagando un florín de oro, muriendo poco después.

No habiendo el marido hecho decir

misa por el descanso del alma de su mujer, el cura le acusó de impio, y el juez de Uaguenan le intimó que compareciese á su presencia.

El zapatero se fué á la audiencia con la bula de su mujer en el bolsillo, y el juez le preguntó:

—¿Ha muerto tu mujer?

—Sí, respondió el zapatero.

—¿Y qué has hecho por ella?

—He enterrado su cuerpo y encomendado su alma á Dios.

—¿Pero has hecho decir una misa por el descanso de su alma?

—No, por cierto; hubiera sido inútil, pues ella entró en el cielo en el instante que murió.

—¿Cómo sabes eso?

—He aquí la prueba; y sacó la bula del bolsillo.

El juez, en presencia del cura, leyó en ella, que la mujer que la compró no iría al Purgatorio al morir, sino directamente al cielo.

—Si el señor cura pretende todavía que es necesaria una misa, añadió el zapatero, mi mujer habría sido engañada por nuestro santísimo Padre el Papa; y si no, el señor cura me engaña á mí.

Nada había que responder á esto, y el acusado fué absuelto; así el buen sentido del pueblo hacía justicia de estos piadosos fraudes.

T. U.

Berzas místicas

«La fe nos alienta.

¡Viva la fe!

Que el papa defiende.

El papa rey.

¡Que viva! ¡Que viva!

El papa rey.

Y triunfe Cristo.

La santa ley.»

¿Qué es eso? «Berzas» arrojadas desde el púlpito por unos misioneros jesuitas que han caído como piara cerdo-sa sobre Valencia de Don Juan.

Y enseñan un cráneo humano á los aterrorizados vecinos (que no pueden tenerse de risa) diciendo:

—¡Horripiláos! Esta calavera será, probablemente, de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras esposas (lo mismo da), que están achicharrándose en el infierno por haber leído la Prensa mala.»

Ni que fuese ese cráneo como el de algunos santos, ubicuo, múltiple y aplicable á los fines utilitarios en todo lugar y en toda ocasión.

Vecinos de Valencia de Don Juan: Merecéis bien del sentido común, por reiros de esa propaganda ridícula y mál-cabra.

PLÁTICAS DE CUARESMA

Mujeres y curas

¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?
(David, Salmo IV.)

Obligado á platicar desde estas columnas con el público en las Cuares-

mas, voy á dedicaros, ¡oh bellas lectoras creyentes y piadosas! las disertaciones confidenciales y amenas de estos seis domingos, á fin de poner en claro muchos puntos bastante oscuros y aun negros de vuestras relaciones con los sacerdotes del catolicismo.

Aparte de la predilección que siempre me habéis merecido, bella mitad del humano linaje, tan maltratada siempre por el sacerdocio, y, sin embargo, á él tan adicta, procedo que de este asunto hablemos, porque vosotras sois ya el único sostén de la Iglesia, no el de la religión, y por ende vuestras enaguas el paracaídas que sostiene en su descenso, haciéndolo suave y lento, en vez de rápido y desastroso que lógicamente debiera ser, á la teocracia romana, jurada enemiga de Jesucristo y de sus enseñanzas.

Si las conociérais bien, si supiérais medianamente la historia y la doctrina de nuestra religión, y tuviérais idea de la religión natural y de alguna otra de las positivas; si reflexionárais un poco no seríais creyentes tan ciegos ni sier-vas tan incondicionales del sacerdote, aunque no os lo supiérais de memoria como yo, que le conozco mejor que la madre que lo ha parido.

Por desgracia, estas mis pláticas de Cuaresma no me dejan espacio para suplir con mis palabras ese conocimien-to doctrinal que os falta, y buen cuidado tiene la Iglesia de que no lo poseáis; pero pondremos mano sobre el sacer-dote y algo sacaremos en limpio que os oriente respecto de cómo debéis considerarle.

Con franqueza. ¿Qué tiene para vosotras el cura, hermosísimas y seductoras hijas de Eva? Si se tratara de lo que á él le lleva á meterse como Periquito entre vuestras faldas, nada tendría que preguntar, porque lo sé demasiado. Le atraen vuestra belleza, vuestro dinero y vuestro influjo; pero él, cuanto á vosotras, ¿qué atractivo posee?

Yo soy clérigo, he vivido en la Iglesia desde los nueve años hasta los cuarenta bien cumplidos, he ejercido el sagrado ministerio con tanta corrección que me llamaban tonto los compañeros, y vivos todavía están la mayor parte; he estudiado, pues, al cura de cerca, tanto en sí mismo como en sus relaciones con los fieles, principalmente con vosotras, y, la verdad, no le he encontrado prenda alguna que justifique vuestra ciega adhesión.

Me explico perfectamente que os impresione el militar con su traje, su marcialidad, su fuerza, lo extraordinario y heroico de su noble profesión y lo abierto de su carácter. Ni me asombra que os alucine el actor, el cantante, el orador parlamentario, el político de alto vuelo, el héroe, el ser singular, en una palabra, aunque sea el torero, aun el mismo sabio, con ser meditabundo y ensimismado, mas al fin, distinto de la masa común é incluido justamente entre lo que brilla, lo que vale y se distingue. Es más: con sólo que un hombre sea elegante, simpático y de trato dulce, aunque de otras prendas carezca, también me explico algo que os guste.

Pero ¡el cura! ¿Qué es, qué ofrece, qué hace el cura? Esto me lo he preguntado yo á mí mismo cientos de veces al ver á tanto compañero mío vulgar, hasta imbécil, grosero, ignorante, rudo, inmoral reconocido, huraño, brutal, y sin

embargo, solicitado y adorado por multitud de mujeres que, la que menos, valía mucho más que él de cualquier modo que se la estudiase. Y para colmo de contradicciones, he observado que siempre, cuanto más badalague, majadero y adocenado es un cura, más clientela femenina le rodea ¡con un fervor, con un ansia de agradarle, de obedecerle, de... todo!, que me dejaba frío el pensarlo.

En el clero, dulces compañeras de nuestra existencia, si bien hay de todo como en las clases sociales, menos que en todas ellas abunda el hombre distinguido, sea por la ciencia, la educación, la virtud, el linaje ó lo que fuere. El clero es la clase de los tarugos y de los bodeques, de los ignorantes y ramplo-nes. Ya no quiere entrar en su gremio, y hace bien, ningún ser nacido en buenos pañales, y ¡pobre de él si entrara!, sería la víctima de la grosería general. Sólo se ordenan destripaterrones que se han peleado con la azada, hijos de menestrales que no quieren serlo ellos, ó de viudas pobres que sueñan con vivir de un hijo clérigo, ó desdichados inocentones que toman en serio las parruchas del sacerdocio ó que van á él atraídos, tanto por el mendrugo en perspectiva, como por la necia vanidad de verse adorados por el pueblo, consultados por la mujer y pavoneándose en el altar con los chillones y dorados ornamentos. A poco de ordenarlos, unos y otros se desengañan y se convierten en sórdidos vividores, en far-santes que adoptan cada cual su papel, éste el de fanático celoso, el otro el de santurrón hipócrita, el de más allá el de teólogo sabihondo ó el de orador, de confesor, de político y también el calavera temerón y desplantado.

No obstante, en la proporción de medio á tres cuartos de uno por ciento, he conocido y conozco sacerdotes de buena familia, perfectamente educados, virtuosos, ilustrados, lo que se llama dignos, aunque no perfectos, que el cura no es ángel, sino hombre. Sólo que á esos ¡ay! jamás he visto que los rodee un coro de filoteas entusiasmadas. Sus confesonarios eran los menos concurridos. Sus sermones no llevaban auditorio, cuyas faldas dejaran oír ese *frou, frou*, tan grato á los oídos de todo clérigo; no eran testamentarios, ni tutores, ni casamenteros y árbitros de hogar alguno; poca gente iba á buscarlos á la sacristía... Era, y es sabido; cuando entre los individuos del clero de una iglesia hay uno realmente de valía por su distinción y sus prendas intelectuales ó morales, verdaderas y sólidas, el público, y más aún la mujer, huyen de él instintivamente.

Soy amigo íntimo y fraternal de un abogado notable, y también víctima de sus virtudes, al que por eso y por su proceder conmigo quiero muchísimo, el cual mil veces me ha dicho en el seno de la absoluta confianza que le merezco: «Dicen que hay letrados que se venden á la parte contraria. Yo llevo ejerciendo la abogacía más de veinte años; he tenido asuntos de gran importancia entre litigantes ricos; jamás uno me ha propuesto cosa que en cien lenguas sepa ó huela á compra de mi conciencia; luego... es que si á alguno co-rrompen, será al que por sí mismo se ofrezca y aún solicite ser comprado.»

Eso me diréis, si no os lo digo yo, de

los curas; ellos van en vuestro seguimiento, os buscan en el confesonario, os ofrecen su casa y os preguntan por la vuestra, en ella se cueban y como lapas se aseguran; los curas dignos no hacen eso, y como no los conocéis, ni tratáis más que á los otros...

Muy bien; pero en éstos, en los entrometidos, ¿qué halláis para no arrojarlos de vuestro lado al momento? ¿Por qué una vez empezadas las relaciones, continúan hasta el punto de que en ellas está el móvil de vuestra fe y de vuestros actos? He ahí lo que no comprendo.

Porque el cura ese á quien seguís, generalmente es un señor que más parece haber hecho voto de no lavarse la cara y de huir del agua y del jabón, que voto de continencia y de huir del pecado. Miradle los amarillos y negruzcos dientes, las manos de largas y afiladas uñas, aquellos pies de gánan, aquellos andares, aquella vitola tan patosa... ¿No tenéis olfato para oler á ajo, á estómago sucio, á tabacazo, á gorrinería estadiza, que ni permite el baño, ni las duchas, ni las friegas, ni el cepillo? El olor á los sudores, incluso el de los pies, cosa es propia de la gente de Iglesia; el aliento pestífero y las costumbres soeces de tocarse las narices, de comer groseramente y hacer otras mil porquerías, son cualidades en alto grado sacerdotales.

No hablemos de maneras. El clérigo es grosero, autoritario, intransigente, rudo; apenas sabe saludar, ni entrar, ni permanecer en una reunión culta, y si abre la boca, las vulgaridades brotan de ella como abundante manantial. El traje eclesiástico nada tiene de bello; aun si lo fuese, casi todos lo llevan mal: los ornamentos... un hombre vestido con enaguas de anecho encaje y encima una prenda rígida, de dos piezas, una atrás y otra delante, mas en la cabeza un gorro de cuatro picos enhiestos. ¿Eso os seduce y os atrae? ¿Por qué? Jamás lo he comprendido.

Vuestros detractores dicen que por falta de... no os ofendáis, no hago mía la frase; por falta de sínéresis; otros que por predominio de la rutina; otros que por natural inclinación á lo supra terreno; otros que por ignorancia é irreflexión y también por error un tanto egoísta; muchos que por inferioridad mental...

No diré yo eso; pero sí que estáis dando motivo para que se crea; porque, sabedlo: el hombre suele avenirse y aun someterse al cura, tal vez llega á creer en él y en su doctrina, y á respetarle, á temerle, jamás á amarle; el hombre detesta al cura, más ó menos secretamente, pero le detesta; quien únicamente lo ama sois vosotras, y todo el que ama á un ser odioso é indigno, ó lo es como él ó vive extraviado.

Ese vuestro lamentable error es nuestro asunto, bellísimas lectoras; yo os lo probaré y haré por enseñaros á desvanecerlo, aunque me cueste presentaros al cura en calzoncillos, ó con menos ropa todavía; entre tanto, pensad en lo que va dicho, preparaos, y, recibida mi bendición, orad por el más adicto de los sacerdotes interesado en iluminar vuestras inteligencias y llevar la paz y la dicha á vuestros corazones.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El dogma cristiano de la divinidad de Jesús nos obliga á creer que el Dios del

Universo se lactó á los pechos de una mujer, millares de billones de trillones de siglos después de haber nacido, si es que alguna vez nació.

El absurdo es aquí tan grande como la ridiculez.

ALEGORIA

DEL GOBIERNO TEMPORAL DEL PAPA

La barquilla de Simón.

Tuvo Simón una barca no más que de pescador, y no más que como barca á sus hijos la dejó.

Mas ellos tanto pescaron é hicieron tanto doblón, que ya tuvieron á menos no mandar buque mayor.

La barca pasó á jabeque, luego á fragata subió, llegó á navío de guerra, y asustó con su cañón.

Mas ya roto y viejo el casco de tormentas que sufrió, se va pudriendo en el puerto. ¡Lo que va de ayer á hoy!

Mil veces le han carenado; y al cabo será mejor desecharle y contestarse con la barca de Simón.

TOMÁS DE IRIARTE

El original de esta poesía lo guardaba como oro en paño el eminente periodista D. Angel Fernández de los Ríos. Estuvo inédita hasta el año 1850, que la publicó en la revista de su propiedad, *La Ilustración*.

El Motín la reproduce hoy, no sólo por la belleza que encierra, sino por su oportunidad en estos momentos, que hace doblemente interesante su lectura.

Suciedad de ultratumba

En el convento «El Carmen Descalzo», de Jaén, se ha encontrado una caja llena de huesos de santo, pero no en dulce, y un pergamino que dice entre otras notas autobiográficas, textualmente:

«El pr. fr. Juan de Jesús Primer Vicerrector deste colegio nat de Veas en el Condado de Nieblas Vaton de singular pureza no peco mortalmente, devotísimo de la Virgen Santísima. Exeréstose toda su vida en asperísimas penitencias, hasta traer tan llagado su cuerpo que le quitaban los gusanos de las espaldas. Vestía ordinariamente una malla, ó un cilicio de rallo ó cerdas, que llegaba á las rodillas. Era continua y fervorosa su oración, en que gastaba la mayor parte del día y casi toda la noche. Sufrió con igual ánimo los trabajos y desprecios. Era pobrísimo en su persona y celda: y de profunda humildad. Guardó el rigor de la Religión aun en enfermedad que estando con una grave solo permitió le hechasen una poca de atocha en una media arca y allí descansaba de la ordinaria peni-

tencia que hacía durmiendo en unas ganillas.»

Apuesto media docena de curas contra una de frailes (trece) á que ningún religioso de hoy, siendo ellos tan ordinarios y tan brutos, se da la vida perra que se dió este fray Juan de Jesús por ganar el cielo.

Debemos hacerles justicia: el contacto con la civilización los ha vuelto más decentes, y ya no se revuelcan, como los cerdos, en inmundicias del muladar místico, ni se avienen con las enfermedades, á menos que sean secretas y por eso no estemos enterados.

Y hacen bien, pues nadie había de agradecerles el sacrificio brutalmente religioso, ni aun la curia romana, que no ha puesto en los altares al prior de marras y de marranos. La santidad ahora consiste en otras virtudes: captar herencias, por ejemplo, dejando los gusanos y la putrefacción para los herederos del difunto.

Jueces de cuerpo entero

Sin más motivo que ser decidido anticlerical, consecuente defensor y propagandista de EL MOTIN en una cabeza de partido donde la marrullería, la hipocresía y el fanatismo en horrendo consorcio no perdonan la entrada de una docena de números de este semanario sin igual, se tomó á un procurador que eso hacía tal eurjo, que los jueces municipal y de 1.ª instancia, sometidos á la sotana y al hábito del fraile, no se cansaban de dictar resoluciones abiertamente injustas y contrarias al cliente que tenía la valentía de valerse de ese procurador, aislado completamente de gentes trapaceras y buscavidas.

Tan deficiente es lo legislado en la materia de la responsabilidad de jueces y magistrados, que en raros casos puede hacerse efectiva, y tiene que estar la injusticia sobradamente clara y manifiesta para poder sacar algo en limpio. Pero en éste que nos ocupa, para castigo providencial del juez de 1.ª instancia, á que aludo sin citar nombres aún, por razones fáciles de comprender, se atrevió á dictar una sentencia, cuya parte dispositiva, suficiente para juzgar, dice así:

«FALLO: Que debo condenar y condeno á F. de T. á que haga el reconocimiento del censo que pesa sobre la finca tal (se detalla), importante 125 pesetas que es por lo que aparece responde, y á que satisfaga 18 pesetas 75 céntimos, importe de las pensiones de cinco anualidades que se le reclaman por esta demanda, á razón de 3 pesetas 75 céntimos por cada un año. Así por esta mi sentencia etc., sin hacer especial condena de costas.»

Hay que advertir que en la demanda (de menor cuantía) no es cierto que se reclamase lo que ha sido objeto de la condena, sino el reconocimiento del censo importante 500 pesetas y otras 75 pesetas por los cánones de las cinco últimas anualidades. ¡Cabe mayor injusticia!

Tanto el cliente como el procurador perseguido tan sañudamente por sus ideas radicales, desean denunciar criminalmente á ese juez que tan llanamente se ha caído dictando á sabiendas (creo que aquí encaja perfectamente el calificativo) un fallo manifestamente injusto, pues condena al pago de una cantidad muy inferior á la de que puede conocer en 1.ª instancia.

Y como estoy solo, porque los demás compañeros se llevan poco en eso de marchar con la corriente, me veo precisado á recogerme en las columnas de este humanitario periódico, reclamando la opinión y auxilio de todos cuantos curiales dignos quieran contribuir á residenciar á jueces culpables en

sumo grado de que el clericalismo reviva, y termino después de haber tratado el asunto con la posible concisión por no sustraer espacio, rogando a mis dichos compañeros que acudan asimismo a estas columnas insertando al fin perseguido sus valiosas opiniones y sincero estímulo.

Con ello harán un gran servicio a la causa de la justicia, a la par que contribuirán a que el cliente perjudicado pueda indemnizarse de las 1.000 pesetas y pico que por costas le ha importado la broma, de todo lo que es únicamente responsable ese juez que «ara mayor sarcasmo tiene a gala invocar a la Virgen del Carmen como su más fiel protectora».

Item más. El juez municipal se lleva poco con el de 1.ª instancia citado, aunque de peor intención. Si fuera aquí a detallar lo que hace, necesitaría mucho espacio, pero todo se andará.

UN PROCURADOR ESPECIAL

MODERNISTA

El "dios" de los frailes en Barcelona

Acabo de leer el libro *La revolución de Julio en Barcelona*, de Brissa. Al deslizar los ojos sobre aquellas páginas se experimentan emociones muy extrañas.

En la protesta del obispo Cortés, se dice: «La oración de las pobres víctimas intercede ante el Dios de las venganzas para que no vierta sobre nuestra querida ciudad la copa de sus iras.» Más sincero habría sido diciendo: «La rabia de los que se fingen víctimas agita todos los resortes y vierte la copa de sus iras sobre el populacho...»

«¡Pobres víctimas!», dice el obispo... Si; mas no víctimas pobres, Riquísimas. Los datos del libro, presentan de solo once conventos, como perdidas en los incendios, dos millones ochocientos noventa y nueve mil pesetas; y como lo destruido no pasa de una décima parte del valor total de los bienes, resulta que esos once conventos poseían veintiocho millones de pesetas; y contando veinte cabezas por cada convento, tendremos que salen a ciento cuarenta mil pesetas por barba de riqueza rústica, urbana, pecuaria y mobiliaria.

Ni un día se quedaron sin comer, ni una noche pasaron al sereno, ni ninguna monja se ha visto precisada a ir a ofrecer su cuerpo a los ricos señoritos marianos para poder cenar, ni se ha visto un fraile recogiendo los desperdicios de las calles en busca de mendrugos, ni les han faltado medicinas, ni se los han comido las chinches... Los comidos de chinches, los roedores de huesos, los que han de sacar de su cuerpo la cena y los que mueren sin médico, son los que no hacen voto de pobreza, ni profesión de imitar a Cristo, ni se llaman hijos de San Benito, ni del Sagrado Corazón... Esos otros... que no comían antes de la semana trágica, ni comerán en todo el año; esos son los pobres.

¿Que son para ellos las casas incendiadas? Esa es una broma tan sangrienta como de mal gusto. Los conventos no son para ellos, no; y en cuanto a los asilos, ¿acaso es mejor tratado el pobre de vuestros asilos que el criminal en el presidio? ¿Come mejor rancho? ¿Anda mejor vestido? ¿Tiene más libertad? ¿Es menos forzado el trabajo de vuestros rezos y de vuestros reglamentos que el de galeras? ¿Cuántos hijos del populacho, Sr. Cortés, comerían y dormirían peor que todos los frailes y monjas vilmente lanzados de sus pacíficas moradas,

aun en aquellos mismos días de revuelta! ¡Cuántas celdas, y galerías, y salones, y jardines están vacíos en los conventos, en tanto que los hijos del populacho carecen de hogar, de luz y de abrigo! ¿Que son casas de recogimiento y oración? ¿Y de nada más? Y esas joyas inapreciables, y esos tesoros maravillosos, y esos títulos de la Deuda que ahora reclaman las cándidas víctimas, y esas cajas escondidas... ¿son instrumentos de recogimiento y libros de rezo?

¿Y de donde sacaron esos millones en edificios, tesoros y joyas, esos frailes y monjas víctimas?—Ya lo sé: del gran fabricante, del gran naviero, del gran contratista de obras... que se los regalaban.

Y esos, ¿de dónde sacaron esos millones regalados? Del salario de sus obreros, ese salario que su cofrade de usted, el arzobispo de Valencia, acaba de llamar desproporcionado é injusto.

Y si del populacho fueron sustraídos injustamente, como quiera que *unde quaque sit res clamat pro domino suo*, del populacho eran esos millones cuando estaban sin deber estar en poder del fabricante; y del populacho siguieron siendo al pasar del fabricante a los frailes y monjas... Y ahora, diga el doctor Cortés cuando mienten los obispos: si al enseñar en su teología moral que *la cosa es siempre de su dueño legítimo*, si cuando enseñan que el populacho es defraudado injustamente en el jornal, ó si cuando dicen que los millones defraudados al populacho por el fabricante y pasados al fraile, pasan a ser del fraile, dejando de ser del populacho.

Porque de lo contrario, resultará que el dueño de esas pacíficas moradas y de esos millones es el populacho, al cual lo fueron defraudados con injusticia, según el arzobispo Guisasaola.

«Dios nuestro Señor que nos ha de juzgar a todos», y que hace tres mil años ha juzgado muy severamente la rapacidad y farsa clerical, diciendo a obispos y frailes: «no te valdrá gritar *Templum Domini!* *Templum Domini!*... porque Yo detesto tu templo abominable»; ese Dios se ha cruzado de brazos ante la devastación, y si fué voluntad suya que se levantaran los conventos, ha sido voluntad suya la de verlos incendiados. Y al cruzarse de brazos, negándose a dar testimonio en favor de los frailes, ha dicho claramente: «ahí me las den todas!»

¿Si avny no escorna la lluna
que vol fer Deu de sos llamps?

Otra enseñanza hay en ese libro: que el verdadero amor de los frailes y monjas está en las arcas de valores. En los relatos que del incendio de sus casas hacen, apenas se oye un lamento por las profanaciones de los sagrarios. Ni han contado siquiera los Cristos sacramentados que en ellos se guardan.

Sólo se lamentan del vino de las bodegas, del aceite, de los cerdos, de las vacas, de las gallinas, y, sobre todo, de los cupones...

Los maristas de San Andrés ofrecen una escena donosísima. Un fraile se disfraza de gitano para registrar «con avidez» los escombros... ¿En busca del copón y de las hostias consagradas. Ni por pienso. En busca de la «ansiada caja» que tenían en cierto escondrijo.

La encontró, avisó al director, y el director fué a buscarla «arrostrando peligros sin cuento».

¡Y ellos mismos lo comentan! ¡Y en busca de la caja pasan «peligros sin cuento», y por unas miserables pesetas se visten de gitanos los frailes... esos que ponen el grito en el cielo si se les toca el sayal ó se les manda salir de casa a deshora!...

Ibi cor tuum ubi thesaurus tuus.

Cuélguenles ahora al cuello estos dos carteles a los frailes:

«Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dáselos a los pobres y sígueme.»

«No atesoréis para la tierra, donde hay ladrones é incendiarios; atesorad para el cielo, donde no hay ladrones ni polilla.»

¡Veintiocho millones para once casas!

Se ve que cada casa de oración se ha convertido en casa de recogimiento... De valores.

UN DOCTOR MODERNISTA

JUICIO DE DIOS

Dos concejales se han zurrado de lo lindo en Bilbao, sin andarse con andróminas ni formalidades de las que exige la ley del dueño: a lo primitivo. Uno es republicano y el otro bizkaitarra.

Me apresuro a decir el resultado: el republicano dió media docena de bofetones radicales a su rival y le incrustó en una zarza.

Alguna vez había de triunfar la razón aun teniendo a Dios en contra suya.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

IX

LOS FRANCISCANOS PRACTICAN LA TORTURA Y CASTIGAN CON FUEGO.—LOS ALCANTARINOS USAN CÁRCELES Y QUEMAN A LOS REOS.—LLAMAS Y SUPPLICIOS INVENTADOS POR EL SUPERIOR EN LOS CONVENTOS FRANCISCANOS.—FRAILES TOSTADOS.—LOS CARMELITAS TIENEN CÁRCELES, AZOTES, GRILLOS, ESPOSAS Y PRISIÓN PERPETUA.—LAS MONJAS CARMELITAS PUEDEN ESTAR PRESAS TODA LA VIDA.

Sigamos la tarea y cedamos el paso a la insigne Orden, modelo y manantial de innumerables institutos religiosos, árbol gigantesco del cual han brotado copiosas ramas que andan por esos mundos en forma de frailes, monjas, terciarios, etc., etc., con capucha, sin capucha, con zapatos, sin ellos, reformados, ingertados, mezclados y todos ellos viviendo de la santa mendicidad.

Me refiero a la Orden de San Francisco de Asís, que aunque él fué todo amor y caridad, y en su regla no hay rigores, como ya dijimos, sus hijos se encargaron de formar el sistema penal monástico más excelente.

Estatutos generales de los frailes menores Recoletos.

(París, 1613. Están en latín.)

Capítulo VI, número 156.—«La pena

séptima es la de *tortura*. El modo es que el reo, desnudo y atado, por tres intervalos sea golpeado fuertemente al arbitrio del superior. Y decretamos que si el delito es nefando, el tormento sea LA PENA DEL FUEGO.»

Como se ve, eso de los tormentos conventuales son paparruchas de taberna y de impíos.

RELIGIOSOS ALCANTARINOS

Son franciscanos también, reformados por San Pedro de Alcántara, un santo muy suave y muy dulce, del cual, si mal no recuerdo, hizo grandes elogios Santa Teresa.

Constituciones de la provincia de San Pedro de Alcántara de Religiosos Menores Descalzos de la más estrecha observancia.

(Granada, 1724.)

Capítulo XXIII, número 2.—«En los conventos principales de cada provincia haya cárcel y sea fuerte.»

Párrafo 4.º—«El tormento de azotes puede ser de dos maneras... pero de forma de que no sepa el reo el tiempo que ha de durar y se continúe por las semanas que haya de durar á juicio del Definitorio. La segunda es por una sola vez.»

Número 4.º—«EL TORMENTO DEL FUEGO sólo se ha de dar en causa de delito nefando.»

Estas *Constituciones* contienen un extenso tratado de práctica criminal en sus capítulos XXII y XXIII, con formularios y todo, y un Código bastante completo. ¡Y esto en pleno siglo XVIII!

Constituciones y Estatutos de la Familia Cismoniana.

(Roma, 1663. Están en latín.)

Constituyen la regla de todos los franciscanos del lado de acá de los Alpes, Francia, Suiza, Bélgica, España, Portugal y otros países, por decreto del Capítulo general de Roma en 1639 y del de Toledo en 1658. Contiene al principio la regla de San Francisco en 12 capítulos.

Capítulo VII.—«Dejemos á un lado los números 5, 10, 11 y 12, referentes á la cárcel, y leamos el 15: «Decretamos que todos los encarcelados en cualquier viernes se presenten en Capítulo sin capucha, sean disciplinados y ayunen á pan y agua, comiendo de rodillas.»

¡A sangre fría y en pelotones! ¡Oh caridad monástica!

Número 2.—«No constando cómo han de ser atormentados los religiosos delincuentes, decretamos que en los delitos nefandos lo sean por el fuego y los sospechosos de otros delitos, desnudos y maniatados, por tres intervalos, sean azotados á gusto del superior *crúelmente*. Y si el crimen fuese atroz el superior puede inventar á su arbitrio otro género de tormento.»

Fijese el lector en la importancia de las palabras citadas. Las pasiones, la mala voluntad y los instintos crueles de un superior con carta blanca para inventar y establecer los géneros de tormento que le diere la gana.

¡Aterra el pensar el número de víctimas inocentes que habrán caído en las garras de superiores indignos! Y no digamos nada de los atropellos que habrán causado los frailes chismosos y delatores, pues ya se ha leído que bas-

taba ser sospechoso de una falta para ser atormentado.

Número 22.—«Al sodomita azótesele duramente estando maniatado y poniendo debajo de él llamas de fuego por varios sitios, sea de cierta manera tostado y luego condenado á cárcel perpetua.»

Vamos, la famosa cama-asador hallada en un convento de monjas de esta ciudad funcionaba ya á todo trapo en los conventos de franciscanos desde el año 1600.

¿Existen los tormentos conventuales? Ya veremos más pruebas.

ORDEN DE LOS CARMELITAS

Los hay calzados y descalzos, reformados por Santa Teresa, terciarios, etcétera, etc. Es Orden muy popular y estuvo y está muy extendida en España. Es de las más antiguas, tanto que ya la Virgen fué monja carmelita, según dicen las *Crónicas* de este instituto, y hasta Jesús siguió la regla del profeta Elías en el Monte Carmelo. El escapulario del Carmen tiene la virtud de sacar del Purgatorio á los que le llevan el primer sábado después de su muerte, ha resucitado muertos, ha servido para cruzar el mar á pie enjuto y otras mil maravillas que sería largo enumerar aquí.

Regla primitiva de las Religiosas Descalzas de la Orden de la Virgen María del Monte Carmelo.

(Madrid, 1787.)

Contiene este libro la antigua regla de San Alberto, confirmada por Inocencio IV en 1248, dada en Acon á 13 de Enero de 1161. Es una ampliación ó reforma de la ley teresiana, hecha en Madrid por una Junta de carmelitas delegados al efecto con autoridad papal. Los que formaban la Junta presentaron su trabajo al Papa, diciendo que aunque la obra de Santa Teresa era muy sabia, los capítulos generales de la Orden le habían añadido y quitado lo que las circunstancias habían ido exigiendo, hasta que, multiplicadas las dudas, fué preciso un Código en forma. La Junta lo redactó, no sin trabajo, por la necesidad de uniformar la regla de los frailes con la de las monjas. Hecho esto, lo presentó al Papa, y el cardenal Gregorio Salviati varió lo que quiso y fué aprobado en 14 de Marzo de 1736 por Pío VI. Es el vigente en toda la descalcez carmelita española.

Recapitularemos su Código penal.

En el capítulo XVIII, disciplina administrada por la religiosa que preside. En el XIX, disciplina *extraordinaria*, en el refectorio, con un día de ayuno á pan y agua. En el XX, disciplina á espaldas desnudas por el tiempo que guste la prelada, reclusión en la celda é incomunicación que puede llegar á cuarenta días, más la pena de cárcel. En el XXI, cárcel, que debe haber en todo convento carmelitano, ayuno, como quiera la priora; quien ayude á una presa, paga la misma pena; quien la auxilie en la fuga, queda presa en su lugar.

Número 10.—«No salga la presa hasta que el prelado la libre.»

Que podía ser nunca, si se le olvidaba.

«A la apóstata, á la impura y á la reo de delito penado en el siglo con la muerte, cárcel perpetua.»

Número 12.—«Las castigadas con cárcel no tendrán voz, ni voto, ni oficio, sin dispensa del Definitorio, y aun así que-

dan sin voto é inhábiles para los cargos.»

Regla y Constituciones de la Sagrada Congregación Mantuana de la Orden de Carmelitas.

(Bolonia, 1602. Están en latín.)

En diversos capítulos se habla de grillos y cadenas, de cárcel temporal y perpetua, de ayunos y disciplinas, etc.

Capítulo LXVII.—«Practíquese el tormento, según la prudencia del juez, á su arbitrio, con cárcel, grillos, esposas, privación de comida, varas y disciplinas, á cuyo efecto en todo convento haya cárcel, pero no subterránea.»

Continuaremos tan interesante materia.

FRAY GERUNDIO

Uno y lo mismo

Algunos feligreses de la parroquia de los Mártires (Málaga) verían con gusto que se celebrase mayor número de misas en dicha iglesia, principalmente los domingos, pues muchos tienen que oír-la en otra parroquia.

Y aquí, en Madrid, varios aficionados desearían que hubiese dobles funciones en el Español, pues tienen que irse á otros teatros por no haber localidades suficientes en aquel coliseo.

Como dijo el filósofo.

Castidad

Secas las fauces y encendido el pecho con el fuego de humana calentura, en lucha horribil le co muerde feroz las ropas de su esbo.

Entre las sombras y de trecho en trecho, le presenta su erótica locura femeniles tesoros de hermosura frente del voto criminal que ha hecho.

Por lo creación temiendo ser vencido, el dogma se retuerce y forcejea y el precepto de Dios queda rendido.

Pero al triunfar el cura en la pelea, escucha con terror junto á su oído: El que así me ultrajó. ¡maldito sea!

E. NÚÑEZ DE PRADO

Advertencia

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que hoy se vende, será porque el corresponsal no pague, ó porque se haya entendido con los clericales.

Y en este caso pueden los lectores que quieran seguir recibiendo suscribirse directamente en esta administración por trimestre, semestre ó año, enviando el importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa ó sellos de Correos.

Desde el próximo número se suspenderá el paquete al corresponsal que haya perdido la costumbre de pagar en el plazo acostumbrado.

El "seno maternal" de la Iglesia!

*Fillets mel. (Hijitos míos!
(San Pablo.)*

*Three little kittens
They o t their mittens
And so they began to cry (t).
(Cantar popular.)*

Sr. D. Antolín López Peláez.

La madre de su amigo Prat y Orri, ha fallecido en el Hospital de San Pedro de Torelló, en el seno de la Santa Iglesia, en el cual vive también su antiguo amigo de usted, moribundo en Barcelona. La noticia debió producir gran alegría á usted y á su colega Laguarda, como la de un triunfo episcopal sobre el miserable e érgico.

No es cosa fácil describir este complicado acto de psicología eclesiástica; sin embargo, voy á intentarlo para que el pueblo irreflexivo pueda admirar la sabiduría de esta madre de los católicos llamada Iglesia y la prodigiosa habilidad artística de sus obispos.

Imaginemos, pues, á esa Iglesia encarnando en forma humana, según la describe San Pablo, juntando todas las cabezas de los creyentes para formar una sola cabeza, todos los ojos para formar un solo ojo, todos los brazos formando un solo brazo, todas las intenciones formando una sola intención, todas las voces formando un conjunto armónico: «un solo corazón, un solo cuerpo y una sola alma». Ese sér gigantesco y enorme, se presenta en fantasía horrible en el cuchitril de Prat, su hijo consagrado por seis sacramentos, diciéndole en el tono adecuado á la frase:

«Imbecil... ¿Qué haces?... ¿Qué piensas?... ¿No ves?... Admira mi sabiduría y mi fuerza. En pleno siglo XX, mi poder no es el de reina majestuosa, sino el de Bruja invisible... Te he condenado á sucumbir á mi capricho ó á morir ignominiosamente... Los instrumentos de muerte son la ley del Estado y la ignorancia del pueblo. Esta ignorancia servirá de soga para atarte al palo y argolla de la ley; el Tiempo irá apretándolas hasta estrangularte con una estrangulación lenta, en que irás paladeando una por una las amarguras de todas las muertes, canónica, civil, social, moral y física. Lo primero que voy á matarte es la vida de hijo... Allá en el pueblo tienes á tu madre, viviendo tranquila ancianidad en tu casa, sostenida por el socorro que tú le pasas... Pues bien; la ley me permite retenerte tus bienes benéficos, viejo castrado para el trabajo... Y tú quedarás sin comer y tu madre quedará sin socorro. Con esta ley forjaré vuestra miseria, y la miseria consumará en vosotros con mejor arte que la revolución de Barcelona la obra de venganza. No necesitaré el petróleo para abrir las puertas de la casa de tu madre, ni será el incendio escandaloso y estrepitoso el que las abrirá desde fuera; será la sorda Misericordia quien abrirá por dentro puertas y ventanas. No serán desarrapados demagogos quienes penetren ruidosamente en ella, sino el silencioso Frío y la invisible Hambre quienes se apoderarán del cuerpo de tu madre, amarrándolo á la parálisis y arrancándole gritos de dolor, y la

Ley de la Misericordia protegerá á esos mis agentes. Si para evitar este allanamiento de tu morada, te apoderaras violentamente de tus bienes retenidos en mis arcas, la ley me absolverá á mí que detengo lo ajeno, y te condenará á ti por ladrón é irás á la cárcel, aliada mía y sucursal de mis templos en estos casos. ¡No podrás impedirlo, miserable viejo impotente! Y verás estremecerse y oírás gritar á tu madre, torturada por mis agentes el Frío y el Hambre, y la misma Misericordia te retendrá á ti en tu cuchitril, y no podrás acudir á ella, y en vano os llamaréis uno al otro: entre ambos media la muralla de la Misericordia, mi Voluntad, mi Poder... ¡Gritad, impotentes!...

Y á los gritos de tu madre acudiré yo, enviando como agentes, no á mujeres zuelas descosidas y asquerosas, sino silenciosas y modestas monjas, llevándole el socorro de la caridad; y sacarán á tu madre de su casa, no entre empujones alarmantes y huyendo de las alarmantes llamas del incendio, sino huyendo del Hambre y del Frío impalpables y envuelta en camilla de plumas. Y el pueblo, al verme á mí tender la mano á tu madre y al ver tu ausencia, llamará benéfica á mi acción devastadora y llamará malvado á tu furor impotente... Y habré sacado de tu casa á tu madre para llevarla al secuestro de mi hospital; y allí iré matando el corazón de madre, acompañando cada jicara de agua con una acusación contra ti, presentada, no en forma de asquerosa frase, sino en forma de jaculatorias; ocultando mi odio á tu vida con la ficción del celo por tu alma, hasta conseguir que tu madre te mire como un precito y como un condenado, y maldiga tu vida y pida á Dios tu muerte con excusa de tu salvación. Que así soy yo, imbecil: yo disfrazo de jaculatorias las maldiciones; de rezos, la difamación; de desagravios á Dios, los agravios á los hombres; de celo por el amor divino, mi rabia por el exterminio humano... Y agonizará tu madre con oraciones á Dios que serán anatemas para ti, y tu madre será tu mayor enemiga, y se me abrazará á mí, bendiciendo la hora en que fué bautizada en mi seno, y te abominará á ti, renegando de ser madre tuya... Los sicarios de Barcelona no entendían el arte maléfico de las Brujas-religiosas. Ellos no forzaron á las monjas á maldecir los seres fantásticos de su afección; no las obligaron á renegar de su Esposo imaginario, ni á blasfemar de los santos queridos. Yo sí; yo fuerza á la madre á renegar y blasfemar de sus hijos carnales, alma de sus almas y cuerpos de su cuerpo...

Y morirá en mis brazos... y entonces... ¡Oh, entonces! Clemente García, tuvo la insensatez de luchar contra la ley, paseando la momia de una monja y bailando al son de la Matchicha... Yo tengo á mi mano la ley, que me autoriza á apoderarme del cadáver de tu Madre, propiedad mía, y á pasearlo en procesión solemne, entre cantos de responsos que serán el *trágala* para ti, y con aspergeos que á ti te parecerán esparcidos *cortes de manga*. Y yo aspergearé y responderé á mi gusto, hasta cansarme, y Ley y Pueblo, que no entienden el doble efecto de mis palabras y de mis gestos, me llamarán á mí santa y misericordiosa, y á ti cruel, mal nacido y descastado...

«Ya está!... Ya ha muerto tu madre... Todavía me reservo cantarte el *trágala* del funeral con nuevos aspergeos... Y ahora ¡oh imbecil! admira mi sabiduría, la que no tuvieron los sicarios de Barcelona, de presentar á las familias de las monjas y frailes la cuenta del precio de las *murgas* y del trabajo de es-carnecer los muertos... Yo sí: ahí está la cuenta del entierro... págala... Es la ley...

«Atrévete ahora, loco... ¿No sabías quién era la Iglesia?... Ahí lo tienes explicado en lenguaje que se palpa, se huele y se saborea: Soy la Ley, soy el Poder, soy la Misericordia, el Hambre y el Frío que allanaron la morada de tu madre; la Beneficencia fingida que con ellas la saca de casa y la secuestra en el Hospital; la Perfidia que convierte la madre en Hiena; soy la que canta *trágalas* en responsos y echa cortes de mangas á los impotentes... Soy el odio florentino que no perdona sino cuando tiembla...

«Soy la Madre Tiernísima, cariñosa y entrañable para los que se me prostituyen; la Madre feroz para los que se resisten á mi lujuria. Soy la gran Ramera que halló San Jerónimo; la gran meretriz que describió Savonarola; soy el pulpo de la Humanidad; la perversidad vestida de Monja...

«Tu madre ha muerto... La he matado Yo, y el mundo te acusa á ti. ¡Esta es mi sabiduría, necio!

«La mirada de Prat era atroz; su fisonomía horrible; respiraba el crimen sin mezcla. ¡Era el desventurado en guerra con toda la sociedad! (Stenchhal.)

Ríanse, señoritos obispos. Mientras en el cementerio de Torelló la Iglesia cantaba responsos al cadáver de la madre, en Barcelona rujía maldiciones sobre el hijo. Estas maldiciones y aquellos responsos son dos melodías armónicas que se refuerzan mutuamente. Ambas voces están sostenidas por el coro del pueblo inconsciente é ignorante, á quien iremos enseñando los secretos y leyes de esta gran sinfonía eclesiástica.

Ríanse, Sr. Peláez; sírvales de batuta de concierto el sagrado báculo.

Pero en el fondo de la conciencia humana comienza un rumor sordo...

Paréceme descifrar en ese sordo rumor estos versos de Lafontaine:

«*Republique de Loups, asile de brigands
faut-il que tu sois dans le monde?...*» (1)

¿No era éste el rumor que se oyó claro en la semana trágica?

¿No decían esto las manifestaciones de París, Berlín y Londres?

¿No es esto lo que lee Pío X en los monumentos de Jordano Bruno y de Ferrer que va á ver desde las ventanas del Vaticano?

«Raza de hipócritas! ¡Pedís respeto á los *ungidos del Señor*! ¡A los *sacerdotes de Cristo*! ¡A los ministros de Dios!

Ahí los tenéis; así los tratáis vosotros; ese es el respeto que os merecen. Esa es la medida que señaláis al mundo para medirlos á vosotros.

Tan sagrado y consagrado está Prat como el más consagrado de vosotros.

(1) Tres gatitos perdieron sus mitones y rompieron á llorar.

(1) República de lobos, asilo de bergantes ¿qué alta hacéis en el mundo?

Si así le tratáis á él, ¿qué derecho os asiste para pedir un respeto que no sentís y que desmentís con vuestras obras?

Diariamente es paseado Prat, moribundo y enfermo, por las calles de Barcelona, en brazos del Hambre y de la miseria que habéis lanzado contra él, y que os sirven de agentes y de instrumentos.

Señor Peláez: no seáis necios imaginando que el mundo es incapaz de comparar y de distinguir.

No estáis acostumbrados á ver casos como el de Prat. Vuestras víctimas suelen arrinconarse y enterrarse en el olvido. Mueren aplastados por el miedo á la opinión. Prat lucha contra ella y le hace frente. Hace bien; su reacción es la del Guyplaine que de su misma deformidad hace arma contra sus deformadores. Es la reacción del lisiado que, cansado de esperar inútilmente la asistencia social en el retiro de su casa, se arroja á la vía pública á exhibir sus contrahechuras dando á las narices del viandante para castigar con el aseó el olvido en que se le tuvo. Es el *Sganarelle* que en vez de aceptar como vergüenza el ultraje en el honor, lo publica. Es el Acuña que coloca en su frente los cuernos y los pasea por toda la península en soberbio alarde de su deshonra. Es la doncella á quien el público ha perseguido con la murmuración, y arrostra la crítica y hace escarnio de ella con alardes de ramera impúdica. Es la reacción de la conciencia, conocedora de la injusticia social, que se levanta contra ella en reto soberbio, mayestático é invencible. Y en este caso se halla Prat. En vez de huir la difamación clerical, contra la cual no hay huida posible, la publica desafiando á las autoridades á sacar del misterioso secreto de sus oficinas y sacristías los autos *sagrados*. Es Prat, el terco, el osado, á quien habéis hecho imposible el pudor clerical y el respeto á su hábito, que vosotros habéis degradado.

S. PEY ORDEIX

A dar trigo

Ha dicho el obispo de Madrid-Alcalá, en la inauguración de una casa destinada á ejercicios ignacianos, que la situación de muchos obreros es miserable.

Pues á remediarla. ¿Para qué sirven los zapateros remendones, si no echan suelas y medias tapas al calzado roto? ¿Y cuál es el oficio de los ministros de Jesús sino el de arreglar un poco á la humanidad deteriorada?

Por falta de cuero no lo dejarán obispos, curas y jesuitas; con el que sacan á medio mundo tienen bastante. Y aún pueden vender las tífes de pellejo que sobren para echar carruaje y demás.

¿Verdad, señor obispo cristiano, «aspirante á obispo social», según sus propias palabras?

¡Obispo social! Tiene gracia.

Los trabajadores deberían responderle, parodiando á Jesús:

«Renuncia á los miles de duros que entre sueldo y gajes reunes al año; aban-

dona tu palacio, bájate del coche, y síguenos.

Y mientras no hagas todo eso, haz el favor de no ofendernos suponiéndote de los nuestros.»

La Divina Providencia

Entro en una iglesia y veo un cepillo con este letrero: «Limosna para la Divina Providencia.» Hiélaseme la sangre en las venas. La crisis financiera no puede llegar á más. Hasta la Providencia Divina pide ya limosna.

¿A quién van á acudir ahora los creyentes en demanda de remedio para sus males, si precisamente esa inagotable Providencia á la que todos invocaban y en cuya prodigalidad todos creían, se presenta de la noche á la mañana más tronada que arpa vieja y descargando perpetuo y místico sablazo sobre el pueblo fiel?

Entrar en la iglesia dando limosna, (el cepillo estaba á la entrada), á quien luego se va á pedir todo lo que hace falta, incluso dinero, es un absurdo que marea.

¿Quién resulta Providencia, el que suelta los cuartos en el cepillo pedigüeño, ó la que desde el altar promete remediar cuantas miserias aquejan á la Humanidad?

¿O es que se trata de una especie de *vis á vis* de rigodón, en que el devoto hace de Providencia á los pies de la iglesia y recobra el papel de necesitado en cuanto llega á las gradas del presbiterio?

Por de contado, no da mucha autoridad ni confianza la petición de una limosna en quien recibe continuamente oraciones y plegarias y promete despacharlas favorablemente.

¡Pero si hasta el valor gramatical de la palabra está protestando enérgicamente de ese cepillo! ¿Qué significa y de dónde se deriva la palabra providencia? Significa la potestad de dar, de proveer, de atender á las necesidades de los demás, viene de *pro-videre*, latino, y es lo mismo que proveedora, abastecedora, distribuidora de toda clase de bienes. ¡Pues bonita está ahora la abastecedora que hace la competencia á los mendigos que se sientan en las puertas del templo! Decir que la Divina Providencia necesita limosnas, es como decir que necesita médico y botica. Esperar dinero de quien pide limosna, es como esperar salud de quien clama por un médico ó una medicina.

Si ahora se sale la Providencia pidiendo cuartos, mañana nos pide un remedio para el dolor de cabeza ó un depurativo de la sangre. Y si es malo pedir á quien pidió, excuso decir lo que será pedir á quien está pidiendo actualmente. Ni en las aleluyas de «El Mundo al revés» se ha podido poner un disparate como el de los humanos *socorriendo* á la Providencia Divina.

¡Hombre, una idea! Si será esta alguna socaliña indecorosa de los curas, que ya no saben de qué treta echar mano para desplumar á Cristo Padre? Aunque me parece un poco fuerte eso de que zarandeen y pongan en solfa á la mismísima Providencia para agenciarse unos perras. Además, eso de ir á nadie diciéndole: «De parte de la Divina Provi-

dencia, que me dé usted un duro» siendo así que la Providencia no ha dicho, esta boca es mía, viene á ser algo muy feo.

En presencia del cepillo, que yo he visto, convendría preguntar á la interesada: ¿Es verdad que usted manda á pedir una limosna?

Si decía que sí... no dársela, y saber que ha llegado la bancarrota de la Providencia; y si decía que no, pues... á la cárcel con los embusteros que han puesto el cepillo.

PEDRO CRESPO

Méjico.

Una explicación

He recibido un escrito á propósito de la Juventud Republicana.

No está mal, y lo hubiera publicado, á no ser por que, á continuación de encarecer la necesidad de *dar la batalla* á la juventud reaccionaria, el autor firma de este modo: *Fray Prudencio*.

El joven que se esconde tras un pseudónimo para dar á conocer sus ideas, no da indicio de gran convencimiento; pero si además lo busca tan significativo como ese, *Fray Prudencio*, hace pensar en el que usará á los cuarenta años.

Después de leer estos renglones, comprenderá ese joven por qué no publico su artículo.

Memorias de un jesuíta

Las hijas de María

Cuando yo llegué á Madrid, quedé pasmado del incremento é importancia que habían tomado las congregaciones que los jesuitas fundaran. Sobre todo, las hijas de María eran tantas y tan distinguidas, se ocupaban con tanto celo de dar gloria á Dios y procurar la salvación de las almas, que causaban edificación, eran regocijo de los buenos y excitaban las iras del infierno.

Reuníanse en la capilla, que mejor pudiera llamarse iglesia, del colegio del Corazón de Jesús, de la calle del Caballero de Gracia, iglesia elegantísima, verdaderamente *smart*. Nada de muros ahumados, lámparas mohosas, vetustos altares, ni abundantes exvotos de cera. Nada tampoco de imágenes grotescamente vestidas y adornadas, que si pudieran ser fruto de la piedad de los fieles, eran un atentado al buen gusto. Allí no había más crucifijos que los microscópicos indispensables para poderse decir misa, porque los efigies grandes y artísticas de Cristo crucificado, sobre que no resultan agradables á la vista, son como un reproche demasiado rudo, descortés, impropio de nuestros tiempos, al lujo, á los placeres, á la vidal del gran mundo.

Aquella iglesia era y es un modelo de piedad *dernier cri*; piedad jesuítica, flor sin espinas, es decir, en que se deja todo lo poético, suave, sensual que tiene el catolicismo, quitándole todo lo áspe-

ro, feo ó desagradable. Altar de blanco mármol, semejando gótico claustro en miniatura; tabernáculo de reluciente oro, que en floridas y aéreas agujas se levanta; Jesucristo con túnica color crema, manto rojo, cara sonrosada y risueña, lengua melena rubia que en sedosas guedejas se reparte, mirada insinuante y tiernísima y el corazón sostenido delante del pecho por la siniestra mano, mientras la diestra lo enseña como diciéndolo al mundo: «He aquí el corazón que tanto ama á los hombres.»

La Virgen se ostenta en la poética forma con que á la pastoreta de Lourdes se apareciera. Blanquísimo ropaje, que en elegantes pliegues llega al suelo; ancha banda azul pálido, que forma artística lazada y después baja en sesgo cual de plácido viento acariciada; el rostro hermosísimo se torna al cielo esperando un rayo de celeste fulgor, y sirviendo de escabel á toda la figura, el rosál milagroso con sus hojas transparentes y sus purpúreas flores perfumadas.

En aquel templo no hay que sufrir molestia alguna, pues en invierno caldéanlo caloríferos; en verano, protégenlo anchos ventanales cubiertos de espesas persianas; en todo tiempo ofrece cómodos reclinatorios para arrodillarse y no menos cómodos sillones para sentarse.

Pero cuando la iglesia está llena, entonces suben de punto sus encantos. Percíbense emanaciones de costosas y aristocráticas esencias; vense ricos matices de rasos, terciopelos y tisús que en vistosas *toilettes* se lucen; admíranse rostros donde unas veces la naturaleza y muchas el arte ponen carmines de clavel, transparencias de alabastro y tersuras de jazmines, y óyese delicioso murmullo de argentinas voces, que, ni aun en el templo, pueden prescindir de la *caucorie* que es en ellas hábito, delicia y casi vida.

Son las hijas de María las que suelen llenar aquel ámbito; las hijas de María, encanto de los ángeles del cielo una vez al mes, y esmalte de las fiestas de la *haute* en los restantes días; las hijas de María que celebran su comunión general, su día de retiro ó sus ejercicios espirituales.

Yo fui convidado á dirigirles una plática, apenas hube cantado la primera misa. ¡Lo que estudié la plática! «A ver si te lucen—me decían los padres graves del jesuitismo;—mira que te van á oír las mujeres más elegantes de Madrid.»

Por una parte me parecía que mi alocución debía ser un alarde de retórica y más aún de poética; por otra se me ofrecía que, señoras tan espirituales y celosas por la gloria de Dios, más gustarían de encendidos arrebatos de divino amor ó sabios consejos, que de luz les sirvieran en los difíciles caminos de la santidad y perfección cristianas. «Según lo que vea allí en el momento, así hablaré», me dije por último, y preparé dos pláticas: una llena de tropos y bellezas, otra impregnada en algo de la mística teresiana.

Llegó la tarde del día en que debía yo de hacer mis primeras armas en el campo de la propaganda femenil, elegante, jesuitica. Trasladéme al Colegio del Sagrado Corazón, tiré de la campanilla con temblorosa mano, abríome la hermana portera y me dijo que pasara á la

sala de visitas, donde las congregantes me esperaban para que les fuera presentado y tomáramos todos un piscolabis.

Entré en aquel salón, que convertían en matizado y bien oliente jardín las señoras y señoritas que lo poblaban. Escuché frases amabilísimas á mi humilde persona dirigidas; vi delante de mí una mano pequeña y enguantada que me ofrecía una taza de transparente porcelana llena de chocolate que delicioso olor á vainilla despedía. Acepté el obsequio, que de variedad de pastas y de dulces fué seguido, y al poco rato nadie hacía caso de mí, sino que todas las hijas de María formaban corros, donde no diré se charlaba sino se daba suelta á torrentes tumultuosos de palabras.

Delante de mí vinieron á pararse dos señoras que, sin reparar en que yo las escuchaba, empezaron á conversar. ¡Dios mío lo que les oí!

—«Mira—decía una,—mira la condesa hablando mimosamente con la querida de su marido.

—«Claro, así logra ella la impunidad para lo del capitán.

—«Abajo está esperándola.

—«¿Qué escándalo!

—«Chica, no vienen poco elegantes las de Martínez; no creí que diera para tanto el banquero judío.

—«No; pero la madre lo trabaja. No sale de casa más que con permiso del banquero.

—«También él ha tenido hasta la atención de regalar la custodia que hoy estrenaremos en la bendición.

—«Como que por eso no empieza la función; porque esperamos al banquero.

—«Y verás cómo viene con ella.

—«Eso, de seguro; pero el retraso de la función no es por esa causa. Es porque sabían las madres que hoy vendríamos todas tarde, por lo del baile.

—«Yo estuve tentada de no venir. Figúrate que á las ocho de la mañana me estaba quitando el traje de mora para acostarme.»

En esto sonó una campana, y todos nos dirigimos á la capilla.

Subí al púlpito, pensé cuál de las dos pláticas pronunciaría, y me decidí por no decir ninguna de las dos.

—«¡Hermanas mías—comencé,—estamos engañando al mundo; engañándonos á nosotros mismos, y queriendo engañar á Dios! El día que la sociedad honrada se entere de lo que hacemos, entra aquí y nos echa á palos ó tiros.»

Esta es la síntesis de mi peroración. Cuando bajé del púlpito todas me felicitaron y se dirigieron á tomar los coches que, en interminable fila, ocupaban la calle de Caballero de Gracia.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Ilusionismo

Las Bernardettes son como las enfermedades esporádicas, nacen espontáneamente y bajo cualquier clima. En Cuevas de Vera nos ha salido una, que ha visto á la Virgen con sus mismos ojos, y tan cerca, que casi le dieron ganas de hablarla tú por tú.

En verdad, todo fué fascinación de

una pobre histérica atacada de monomanía religiosa. Hay muchos locos así, y la cosa no hubiese tenido importancia sin la concurrencia de tres mil vecinos, más que locos, tontos de remate, que fueron á ver la Virgen al punto designado por la demente.

Gracias á que el alcalde tenía los sesos en su sitio, como debe tenerlos una criatura racional, no se produjo un motín en Cuevas de Vera. La doliente fué detenida y sometida á reconocimiento facultativo, y los energúmenos, enfrenados.

Y hasta otra. Eso de las apariciones se repite ya tanto como el timo del portugués.

Al Director de Prisiones

Como no me ha contestado usted á lo que le indicaba en el número anterior, he supuesto que le conviene más ver reproducido en *El Motín* lo que pensaba haberle dicho particularmente. Y me parece bien. Así sabrá el público el estado del Cuerpo al encargarse usted nuevamente de él, y podrá apreciar mejor las reformas que introduzca, los males que evite y le justicia que haga.

Comenzaré por indicarle algo de lo que se dice que ocurre en el Penal más cercano á Madrid, el de Ocaña, para que lo remedie, si es cierto, ó lo desmienta, si no lo fuere.

1.º Se dice que el recluso Antonio Alvarez Calvelo, (a) *Pilonga*, que desde su ingreso en la Prisión ocupa una celda del departamento celular, se ha vuelto loco á consecuencia de haberle amordazado, dado algunas palizas y echado cubos de agua fría, procedimiento novísimo que se emplea allí para curar las enfermedades mentales.

2.º Se dice que los obreros albañiles han firmado diez y seis días de trabajo, correspondientes al mes de Diciembre próximo pasado, á pesar de no haber podido trabajar á causa del temporal de lluvias.

3.º Se dice que los penados que trabajan en el taller de herrería, firmaron diez y seis días de jornales y sólo cobraron once.

4.º Se dice que los reclusos que trabajan en el taller de sastrería, firmaron tres nóminas! importe de trajes no contruidos, (1) y que, al «exigirles» la firma, les hacían saber que «era para no tener que devolver el dinero al Tesoro.»

5.º Se dice que en el taller en construcción se emplean materiales viejos y que los cobra el contratista como nuevos y que se ha empleado mitad de yeso y mitad de tierra sacada de dos zanjas que se han abierto en el piso del taller.

6.º Se dice que el Economato expende los artículos á precios tan excesivamente altos, que en algunos alcanza el ciento por ciento de ganancia.

7.º Se dice que en él, en el Economato, comen jonce personas! (los panaguados y testaferrós), sin contar la Junta correccional.

(1) Véanse los trajes contruidos... nominalmente durante los meses de Julio y Agosto próximos pasados.

8.º Se dice que de los presupuestos para obras cobran, ó al menos figuran en nómina, obreros que no trabajan, y que por este motivo falta dinero para los verdaderos trabajadores.

9.º Se dice que un tal Eliseo (un parásito de los varios que pululan por las oficinas) cobra *gratificaciones* que, reunidas todas, se aproximan á la paga de un empleado.

10. Se dice que por el Economato cobran: el Director, Administrador, Médico, Cura, Maestro de escuela, un empleado, tres escribientes, un cocinero, un pinche, dos expendedores y un chico.

Y cortaré aquí, pues sería cosa de llenar un par de columnas indicando todo lo que se dice del Penal de Ocaña.

Le presento á usted, Sr. Navarro Reverter, buena ocasión para demostrar que no viene usted á continuar la obra del Sr. Rendueles. A Ocaña se va en tres ó cuatro horas; si decidiera ir allá, elimine del personal que le acompañe á los empleados de la Dirección que tengan empeño en hacer correr la voz de que aquel Penal es, como vulgarmente se dice, una tacita de plata.

Y si después de bien depurado todo, resultare que no es cierto lo que se dice, pongo á disposición de usted las columnas de EL MOTIN para desmentirlo; mas si lo fuere, por ahí podrá usted calcular cómo se hallarán los demás penales donde no se han gastado en tres ó cuatro años los millares de duros que eu ese, y obrar en consecuencia.

En el próximo número le indicaré á usted otro se dice que vale por todos esos.

¿Qué por qué, sabiendo esas cosas hace tiempo, las he callado? Por que interrumpí esta campaña al convencerme de que el Sr. Rendueles no tenía vocación de reformador, ni apenas de justiciero, y se contentaba con visitar los Penales á razón de 75 pesetas diarias de dietas; campaña que he reanudado ahora al volverle á usted á ver nuevamente nombrado Director, y saber que tiene esas condiciones que al señor aquel le faltaban.

Ni más ni menos.

La trata de blancas

¿Se ha visto nunca una lata mayor que esa? Para redimir á las infelices que marchitan su belleza en los lupanares, es preciso antes arrebatarlas de la miseria.

Mas que salmodias, lo que se necesita es mejorar las condiciones de existencia de las meretrices, tan abandonadas de la sociedad, que el único que les abre los brazos y les mata el hambre es... el vicio, que debe pesar como losa de plomo sobre la conciencia de los moralistas al uso.

Investigad las razones que han abierto á las desventuradas mesalinas modernas las puertas del lenocinio y veréis que no son otras que la inclemencia social. La virtud, estricta y severa, exigente y ruda es al mismo tiempo tacaña, y

por el contrario, el vicio, con sus depravaciones y liviandades, es generoso y espléndido.

La trata de blancas subsistirá mientras la virtud esconda el bolsillo y el vicio lo abra; y como esas convenciones internacionales no dan solución á este problema escueto, dicho se está que las infelices á quienes el infortunio arroja en el mercado del placer, no se redimirán.

Fantasías cuaresmales

Pasó el Carnaval, temeroso y fatal como un malhechor en fuga. Pasó en la vergüenza del silencio.

Su carcajada vibró en el aire como un gran sollozo, como aletear de pájaros sobre una pradera desolada...

La multitud ensayó á reír, y las bocas se crisparon en un rictus de dolor; los brazos en el aire fingiendo alegrías parecieron rubricar imprecaciones, y el hurra al placer brotó de los labios como un gran grito de angustia.

La Humanidad, como un cadáver, va quedando insensible á la alegría. El gozo del vivir es el dolor.

El hombre busca el dolor como el agotado y el neurótico buscan la sensación brutal ó la droga asesina que hagan vibrar el manojó de nervios de su humana miseria.

Una carcajada hace saltar las lágrimas. La tragedia se hace dueña del mundo, como si la vida pesare encima del hombre como una gran tristeza.

¿Es esto producto de una degeneración de la especie, de un refinamiento de cerebralidad en el hombre moderno, el hombre-cerebro, el hombre consciente de la fatalidad del vivir que esperase imposible y desdeñoso la hora de la suprema liberación? No.

La multitud, hato de carne y huesos, rebaño humano, el hombre-mono inconsciente de todas las inconsciencias, resta igualmente entregado al dolor y gime como una bestia herida.

La alegría, extraña á la tierra, echada de la tierra por el mismo hombre, deja ancho campo á la tristeza, como si la hora definitiva de la desolación universal fuese llegada, como si el gozo y el placer en la claudicación espantosa huyesen de los corazones vueltos piltrafas y de las almas desoladas y muertas.

El hombre va derecho al dolor. Lo busca, lo ama, lo desea. Todas las grandes flecciones y las grandes mentiras de la Humanidad, tienden á la fagedenia suicida de la alegría, hacen vía al dolor, á la afirmación de la tortura moral y física, al calvario de la vida.

El hombre crea un dios para simbolizar y perpetuar el dolor. Y lo simboliza en sus manos laceradas, en su frente circundada de espinas, en sus miembros doloridos, en su corazón manando sangre. Y lo perpetúa condenando á la Humanidad á tristeza eterna, haciendo de la vida una carga, un tormento, un desierto, una negación torturadora, un río de lágrimas.

La figura del gran apóstol de la vida, del gran revolucionario de todas las libertades, se levanta siniestra en el calvario, como un altar al dolor, anunciando llegada la hora definitiva y claudicante de todos los dogmas de la vida.

Para sarcasmo de la divinidad con que el hombre pretende rodear la figura del gran hombre, el apóstol redentor de la vida, se inventa para la vida el reino del dolor, y el hombre triste y lacerado, con el tormento de todas las privaciones y todas las torturas, arrastra la vida como una bestia de carga bajo el látigo que muerde su carne miserable.

A la alegría se la llama máscara ridícula y grotesca, y el hombre la huye y la teme como á una maldición, para abrir los brazos á la negación del vivir, al dolor erigido suprema ley, á la tortura aceptada como un beneficio redentor.

Y así pasa el gozo y el placer y en esta época del año aparece el rostro horrible de la vieja beata histérica, murmuradora y egoísta, virtud hipócrita, virginidad profesional, que se llama Cuaresma.

Y aparece como un símbolo que habla del dolor.

Y la vieja golosa, grita abstinencia.

Y la virginidad obligada, profanada por todas las aberraciones de una clorosis sensual, grita castidad.

Y la abyección, grita pureza.

Y el vicio hipócrita, grita virtud.

Y el egoísmo, caridad.

Y el hombre, el pária de la vida, vuelto parásito de la tierra, escucha sin un gesto de suprema rebeldía las grandes mentiras que niegan la luz del sol, el azul del cielo, la coloración radiosa de las flores, y el correr de las aguas rumoroso como un epitalamio, como un rosario de besos en los labios temblorosos de deseo, sin fuerzas para entonar el himno á la vida del hombre fuerte, el hombre rey de la creación, el hombre-Dios.

CASIMIRO GIRALT

Barcelona, Febrero, 1910.

A las mujeres librepensadoras

Los clericales hacen esfuerzos desesperados por atraer á las mujeres y á los niños, que se alejan más y más de ellos gracias á la instrucción general; es urgente, por lo tanto, que las mujeres librepensadoras sigan en cada localidad el ejemplo de las de Cois-de-Bousso, que se reúnen todos los domingos con el objeto de instruirse. Algunos hombres de corazón han comprendido allí la importancia social de la mujer, y se han impuesto el deber de arrancárselas de la Iglesia. Existen en cada comuna, pequeña ó grande, elementos valiosos, y ha llegado el momento de reunirlos por el estudio y la acción, ya que si el progreso moral no sigue al mecánico ó industrial en general, es porque las mujeres no han aportado su parte de colaboración en lo que les concierne particularmente: la educación moral de los niños.

Las numerosas cualidades naturales de las mujeres han sido deformadas ó desviadas de la verdad por los curas, que les han enseñado á amar imágenes, estatuas, santos y fetiches. Nosotros, en cambio, decimos á las mujeres:

«Dad esa ternura de que vuestro corazón está lleno, á los huérfanos, á los

niños abandonados ó aislados; siendo mujeres las que los han echado al mundo, á las mujeres les toca la misión de amarlos y consolarlos. Cuando se ha gustado la alegría superior que consiste en dar alientos á los desesperados, hacer sonreír á los tristes, reemplazar á la madre que ha perdido el huérfano, no se teme á la muerte, y menos se desea el paraíso; se ha encontrado en realidad. Consolando á los demás, se consuela uno á sí propio; levantando á los demás se eleva uno; instruyendo á los otros nos instruimos también; uniéndose á los otros por una acción común de educación y solidaridad, se adquiere la fuerza del agrupamiento de voluntades parecidas...

Mujeres librepensadoras, hermanas mías: el tiempo apremia; debemos hacernos inmediatamente misioneras de ideas razonables, y no ser, como hasta ahora, espectadoras llorosas y resignadas del desorden social. Nuestro sitio está en medio de los que luchan por la liberación intelectual, material y moral de todos los humanos; los hombres solos serían impotentes para cumplir con esta inmensa necesidad. La energía y el buen sentido de las mujeres no está más que adormecido; hagamos una llamada á su concurso y el triunfo estará próximo.

La moral y enseñanza religiosa afirman y no demuestran nada; en los grupos de estudios librepensadores se demuestra y se prueba. La moral laica, es decir, la educación racional, eleva la moralidad de la mujer y por consecuencia la del niño.

En estos grupos todas las cuestiones sociales son estudiadas; así se aprende el arte de ser feliz, ya que para ser feliz o necesario es saber, no creer.

La ignorancia es la fuente y la base de casi todos los males. Todas las mujeres deben saber que el pecado original que traemos al nacer es la ignorancia. Los niños de los sabios, como los de los analfabetos, nacen ignorantes, y lo que destruye su ignorancia es la escuela, es el estudio.

Es preciso tener el valor de decir á las mujeres, que por su ignorancia y su resignación son las cómplices de todos los crímenes de la sociedad; el estudio y el saber les proporcionarán la energía, la dignidad que debe tener toda criatura humana, sobre todo cuando esta criatura tiene la misión de educar al niño.

Siendo el papel de la mujer educativo, conviene que sepa de todo; para saber es necesario aprender; luego nada tan urgente como su educación.

Los hombres de ideas generosas deben adherirse á esta necesidad en su propio interés, pues si la fuente de la vida está envenenada, resultará envenenado todo.

La mujer ilustrada es el porvenir brillante, la libertad, la bondad, el bienestar; todo lo que necesitamos para la conquista del magnífico ideal de amor y justicia.

GABRIELLE PETIT

Igual en todas partes

Es muy frecuente oír que España es la nación primera en catolicismo; y sin que yo trate de desmentir tal asevera-

ción, publico á menudo lo que ocurre en otras, para que mis compatriotas no se enfaduen demasiado con ese calificativo.

Hoy le toca al Perú, nación donde también brilla esplendorosa la luz de la fe, como lo prueban estos hechos:

Eloy Torcuato Munura, prebendado del cabildo eclesiástico de la catedral de Trujillo, sedujo á su comadre espiritual Otilia Melena, á la madre del Hospital Francisca Morales, y violó á una niña de once años.

Censurado por la opinión pública, aunque no apresado por la justicia, trasladóse al departamento de Chiclayo, y allí se distrajo en abofetear á los mayordomos de cofradía, aligerar de pesos las bolsas de los fieles y robar de su casa á una señorita que no se le rendía, escalando paredes, horadando techos y rompiendo ventanas.

Por estas y otras muchas hazañas parecidas alguien ha jurado matarle, no faltando quien ha lanzado la idea del lynchamiento.

El artículo siguiente, nos da á conocer á otro ministro del Señor, de diferente sistema:

Reflexiones

AL ARZOBISPO DE LIMA, CON TODA UNCIÓN EVANGÉLICA

Cada vez que Eleodoro Laynes malogra á un muchacho, ó Proaño degüella á otro por negarse á la consumación de delitos que repudian hasta los animales, y que al uno se le premia con buenos y ricos curatos y al otro con el velo del olvido, no puedo menos que pensar: en este país la pederastia, cuando es ejecutada por los ministros del Señor, es recibida por gobernantes y gobernados como un don de ese Dios misericordioso y justo, al decir de los reverendos curas y también reverendos pederastas.

¿Y cómo pensar de otro modo? No hace muchos años que el inmundo fraile Eleodoro Laynes se fugó de Lima al hacerse público que en el convento de la Merced había saciado sus bestiales apetitos en más de veinte mozos, entre acólitos y sacristanes, diáconos y severandos de la m. y venerable Orden de Nuestra Señora de las Mercedes.

Y cuando Eleodoro Laynes, expulsado del Ecuador, volvió á tierra peruana, obtuvo en recompensa de sus crímenes ¡oh mengua! el curato de San Pedro de Lloc, donde sigue consumando su asqueroso vicio y remitiendo telegramas á S. E. el Presidente, unas veces de protesta (?) y otras de felicitación, en lugar de estar ahorrado en la cárcel.

Cuando recuerdo todas estas cosas, no dudo por un instante que esta es la República de la sagrada pederastia. — L. M. S.

Y por último, la composición que sigue, publicada en *Fray Simplón*, notable periódico de Lima, nos permite formar una idea completa del gran predominio que alcanza allí el catolicismo:

Marinera "Fray Simplón"

No hay en el mundo entero tan sano clima para frailes y monjas como el de Lima. Aquí vienen escuetos los agustinos y al mes están panzudos como gorrinos. Aquí vienen con tisis los franciscanos y al año están lo mismo que los marranos. Aquí vienen jesuitas agonizantes

y están en poco tiempo como elefantes. Total, que todos juntos vienen enfermos y este clima los pone cual paquidermos. Y es que aquí son los amos y se les mima; no hay pueblo tan devoto como el de Lima. Aquí no falta un alma que los socorra y los muy sinvergüenzas viven de gorra. El fraile en este pueblo de todos maina; tiene gratis la mesa, gratis la cama, tiene casa, buen vino, cena y placeres y por fin todo gratis, hasta mujeres; gratis los ornamentos y, si es fornido, tiene ornamentos gratis para un marido. Se aprovechan de todo: de procesiones, de trisagios, de misas y de sermones; trafican con los muertos, con las herencias y á cambio de monedas, dan indulgencias. Cobran tu nacimiento, tu matrimonio y por libras te libran de algún demonio. A los niños los dejan causando grima, y es por eso que hay tanta marica en Lima.

Supongo que, después de leer todo eso, no tendrán mis compatriotas la pretensión de pasar por los primeros católicos del Universo; pues ya ven que los del Perú son también de clase extra.

Esto aparte de que todo buen católico debe huir de vanidades mundanas.

Libros en venta

DE D. JOSÉ NAKENS
TRES PESETAS TOMO

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Punad de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel.

TEATRALES Á PESETA

Dios, Patria y Rey.—Y dice el sexto mandamiento.—¡Ojo al Cristo!

DE DIVERSOS AUTORES
DE CINCO PESETAS

La Iglesia y la moral, por Laurent. *Moral jesuítica*, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS
Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS PESETAS
La religión al alcance de todos, por Ibarreta.—*El compadre Mateo*, por Pigault-Lebrun.—*Gente nueva*, por Luis París.

DE UNA PESETA
El dios Baco, por varios autores. *La sostenido*, por Alfonso Karr.



SECCION AMENA

Los charadistas

—Comparito, vaya una copa.
—Venga, compare.
—Ahí va. ¡Pero hombre, que se va á erramá!
—¿Eh?
—Na, que acabe usted de una ve con el papé ese.
—¡Compare!
—Sí, hombre, ¡pues si parece que se está usted aprendiendo de memoria el periódico!
—Haga usted el favó de callarse una mijita. Ya sé cuál es la quinta.
—¿Que sabe usted cuál es la quinta? Bueno, pues cuando salga usted de la quinta hablaremos.
—¡Chil...
—¡Caramba! ¿Se quié usted está quieto?
—Pero...
—Na, que está usted dando más salto que un calamá cuando lo frien.
—¡Olé! ¡olé!
—¿Qué, le ha hecho á usted gracia?
—¡Cá, hombre! Que ya está aquí.
—¿Quién?
—¡La electricidad!
—¿Eh?
—Na, hombre; que ese es el *tóo* de la chará: Electricidad. Eso es: E-lec-tri-ci-dad.
—Así daba usted tantos saltos, con la electricidad.
—¡Compare!
—Po si paecía usted un Guan de las Viñas.
—No vale ofendé, compare.
—Yo no le quiero ofendé á usted, pero que da fatiga de ve á un hombre con más edá que el tío de la lista, calentándose los cascos pa una tontera como esa.
—¡Compare! ¿Qué es eso de cascos?
—Los de la cabeza.
—¡Ah!
—¡Ah! Sí, señó. Porque antes de ponerse á acertar cosas de esas, debe usted soltarse en la gramática.
—Compare. Pues si yo hago las charás.
—¿Qué usted las hace?
—Sí, señó.
—Pero compare, si usted no sabe ni acertarlas.
—¿Que no?
—No señó. A vé si me adivina usted esta. Místela. La *primera*, media madre de un chiquillo de un año. La *segunda*, media flo de un valle. El *tóo*, un cómico que fué mu nombrao. Si la acierta usted le pago una copa.
—¡Camará, compare, me doy por muerto!
—¿Ve usted cómo no entiende ná de esto? *Mario*.
—¡Cómo!
—Pos mû sencillo. Media madre, *ma*; y media flo, *rio*, de lirio; y el *tóo Mario*.
—¡Ah!
—¿Está usted viendo? ¡Y dice que hace charás, y es más torpe que Galea!
—No me llame usted torpe. Oiga esta mía, y si la acierta, le estoy pagando copas té lo que me resta de vía.

—Echela usted pa fuera, verá usted cómo la acierto.
—Mucho ojo. La *primera* es un viento.
—Está bien. Siga usted.
—La *segunda*, pá encalá. ¿Comprende usted, compare?
—Sí, señó.
—*Primera y segunda* mu durce, mu durce...
—Bueno.
—La *tercera*, mu salao. El *tóo*, es un cumplío.
—Vamos á ve. Creo que ya la tengo.
—¡A que no!
—¿La *primera* un viento? El *Sú*.
—¡Cabales!
—¿La *segunda* pá encalá? La *cá*.
—¡Olé!
—¿La *tercera* mu salao? La *sá*.
—Mú bien. ¿Y el *tóo*?
—Espérese usted, compare, que ese es el que no me sale.
—¡Pero, compare! Fíjese usted bien. El *tóo* es un cumplío.
—Vamo, que me doy por cachifollao.
—*Su casa*.
—¿Eh?
—*Su casa*, si señó.
—Pero...
—Verá usted. La *primera*, un viento: el *Sú*. La *segunda*, la *Cá*.
—Pero, ¿no decía usted que mu durce?
—¡Compare! ¿Ha visto usted ná más durce que la *suca*? Y el *tóo*: *Su casa*. ¡Torpe!
—¿Torpe? ¿Que lo maten á usted y que lo lleven al colegio!

R. DE SANTA ANA.

Una frase

Mi amigo Raimundo Otero es un muchacho que sabe ser cortés y caballero; mas tiene un defecto grave: el de aborrecer al clero.
Estando yo una mañana con él, junto á una ventana de la calle de Amaniel, pasó por allí un *sofana*, como suele decir él.
Es el cura á quien aludo hombre de baja estatura; yo hablo con él á menudo, por lo cual saludé el cura y yo contesté al saludo.
Pero apenas él pasó, «¡Valiente liliputiense!», mi compañero exclamó.
«¿Quién es?» — «Un cura *castrense*» le dije en seguida yo.
No sé cómo á interpretar llegó esta frase Raimundo, que exclamó sin vacilar:
—¡Así debieran estar todos los curas del mundo!

F. GIL

Cierto catedrático de Derecho canónico en la Universidad de Madrid acos-

tumbraba á dirigir á los alumnos que se distraían en clase preguntas ajenas á la asignatura.

—Diga usted, Fulano—preguntó una vez á un alumno.—¿De qué color eran las medias del Papa Sixto V?

—Moradas—le contestó.

—Pues yo le aseguro á usted que eran azules.

—Bien. Es que tenía dos pares distintos—replicó el mozo sin inmutarse.

—Señor cura, ¿quiere decir los evangelios á este pobre hijo mío, que mire usted qué malito está?

—Haré lo que desea; pero ¿le ha llevado usted á que le vea un médico?

—No, señor.

—Pues por ahí debía usted empezar, si quiere que el niño se cure; porque lo que es con los evangelios...

Este cura merecía no haberlo sido.

Visitaba un católico convencido varios conventos de Amiens.

En uno de ellos le enseñaron la *verdadera* cabeza de San Juan Bautista.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó.—Con esta son seis las verdaderas cabezas de San Juan Bautista que he besado.

Pornografía mística

ACTO DE AMOR

(COPIADO DE UN LIBRO DE MISA)

«Gozo en fin la felicidad de poseeros, ¡oh, Dios de amor!—¡Qué bondad! ¡Y no puedo corresponderla!—¡Y no soy toda corazón para amaros, para amaros tanto, cuanto vos sois amable, y para no amar más que á vos! ¡Abrasadme, Dios mío! Quemadme, consumid mi corazón con vuestro amor. Mi amado bien, me pertenece Jesús, mi amoroso Jesús se entrega á mí... ¡Ángeles del cielo!... Madre de mi Dios, santas del cielo y de la tierra, dadme vuestros corazones, dadme vuestro amor, para amar á mi cariñoso Jesús.

¡Mi bien amado me pertenece y yo soy suya! Señor, sabéis que yo os amo...»

Cuando una doncella lea muchas veces esa oración, está admirablemente dispuesta para recibir á Jesús... ¡y al cura de su parroquia!

**

Decía un obispo á un cura á quien acababan de confiar un curato rural:

—El párroco de una aldea pequeña debe tener, además de los deberes de su ministerio, otros conocimientos profanos para prestar sus servicios á los feligreses. Debe tener, por ejemplo, algunas nociones de medicina, por si no hay médico en el pueblo auxiliar á los enfermos en los primeros momentos; saber algo de agricultura, veterinaria, etcétera. ¿Sabe usted cuántos clavos se necesitan para herrar un caballo?

—No, señor—le respondió el cura.

—¡Qué torpeza más supina! Me veré en la precisión de anular su nombramiento.

—Si es por eso—dijo el *pátes*,—no lo haga su ilustrísima. Me pasará por casa de su zapatero y aprenderé lo que su ilustrísima juzga tan necesario para desempeñar un curato.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

curas le viene á Cucala la fama de religioso y que la gente del país, esencialmente carlista, al verle siempre cabizbajo, lleno de escapularios y tan amigo de los sacerdotes, lo creyesen bajado del cielo para defender á D. Carlos.

Como la gente de Cucala gozaba de amplia libertad para cometer toda clase de excesos y en las demás columnas carlistas había bastante organización, de aquí que muchos desertasen para irse con Cucala y que la desmoralización fuera cundiendo.

Todo lo peor del carlismo quería irse con él.

Allí se asesinaba con entera libertad, se robaba sin miedo y no había que temer reprimendas, pues el tal cabecilla era el más apreciado por los hermanos de D. Carlos. Por esto la pillería del *requeté* y los brutos de los batallones hordas del Maestrazgo, decían con orgullo hablando de su jefe:

—*Dona gust anar en D. Pascual. Tot lo que veus tot es teu, y quant haben fet bon reparto mos deixa uns dies pera anar á buida.*

Y mientras esto decían de él, Cucala no se acostaba tranquilo si no había robado ó asesinado á alguien durante el día.

Los fusilamientos y los saqueos eran continuos, y el castigo de 200 palos que imponía tenía aterradas á las honradas familias que, careciendo de recursos para emigrar á otras provincias, se veían obligados á continuar residiendo en el territorio dominado por aquella fiera.

Cuando penetraba con su partida en un pueblo, al principio de la campaña, la primera visita era al cura, no se sabe si por miedo ó por simpatía. Preguntábase al cura qué se le ofrecía y en qué podía servirle, y Cucala solía contestar:

—No quiero nada, capellán, nada. Bacalao, arroz y vino á los muchachos; que lo guisen y á comer á escape.—Pero luego decía por lo bajo á cualquiera de sus sicarios:—Anda, *ché*; vete al cura y dile, como cosa tuya, que te dé fusiles ó dinero para comprarlos.

Que no era por fe ni por adhesión á la causa por lo que Cucala era jefe de una partida carlista, lo prueban muchos hechos, entre ellos el siguiente: En 1873, un hijo que se hallaba en Dax, le escribió diciéndole que necesitaba dinero, porque se iba á casar. Cucala contestó á su hijo que en un pinar de Calig, en la provincia de Castellón, hallaría siguiendo las instrucciones que le daba para encontrar un pino señalado, la cantidad de 10.000 duros, que le regalaba. En otros puntos tenía enterradas muchas

sumas importantes, pues fué el cabecilla que más dinero sacó esquilmando los pueblos.

Pocos días después de las horribles escenas ocurridas en Sagunto, se dirigió á Segorbe, donde después de rendida la ciudad se apoderó de todas las armas de los voluntarios, saqueó la población, asesinando y violando su hueste á infinidad de mujeres... Mandó prender al cura Galcerán, y sin formación de causa lo entregó á la partida del *requeté* para que lo fusilara.

Sería imposible referir los actos de ferocidad de este infame asesino, baldón del género humano. Sus actos de crueldad y de salvajismo sembraron el terror en el Maestrazgo, recordando con espanto todavía los habitantes de aquellas devastadas comarcas los sanguinarios bandos que publicaba en el territorio que tenía dominado, bandos que cruelmente y al pie de la letra hacían cumplir sus inmediatos jefes el *Albolero*, el *Tintoreret*, y otros asesinos y ladrones por el estilo.

Entre los muchos crímenes que llevó á cabo Cucala, se cita el que cometió con un soldado de cazadores, por cuyo infame asesinato lo reclamaron los tribunales durante mucho tiempo, pidiendo su extradición como comprendido en el número de los criminales vulgares.

Desde Valencia al Ebro no permitió jamás que transitara el ferrocarril. Había declarado guerra á muerte á este adelanto moderno, y no dejaba rail sobre la vía, ni veía estación que no incendiase ni vagón que no destruyera inmediatamente.

En Septiembre de 1874 efectuó Cucala una excursión por las riberas del Fúcar. Su marcha fué, como siempre, una serie no interrumpida de crímenes.

Descarrilamiento de trenes de mercancías en Carcagente con violaciones y robos.

Saqueo en Játiva dejando sin nada las casas de los señores Devesa, Eduardo Diego, Antonio Mata, la viuda del Sr. Llandes, el Sr. Cuevas, D. Miguel Albalat y otros que sería prolijo enumerar.

Desde Manuel hasta el barranco de Ayelo dos hombres inocentes, cuyo único delito consistía en ser dependientes del ayuntamiento liberal de Carcagente, sufrieron el más cruento de los martirios. Atados codo con codo, tenían que marchar con la misma rapidez que los carlistas montados en excelentes caballos. A cada momento recibían terribles golpes para que avivasen la marcha. Les pinchaban con sables y bayonetas, y cuando el cansancio les hacía caer, una lluvia de golpes los reanimaba, haciéndoles exhalar grandes alaridos.

Cuando pasaron por la Ollería iban con los brazos hinchados, el cuerpo acardenalado y las ropas rotas, dejando en el camino dos regueros de sangre. Las lesiones, el polvo sanguinolento que cubría sus rostros y su debilidad que les hacía caminar tambaleantes, dábanles el más lastimoso aspecto. Uno de ellos llevaba la nariz atravesada con un punzón, pues aquella canalla se entretenía en mutilar á los prisioneros. El otro tenía una ancha herida en el cuello, de la que manaba abundante sangre.

En la Ollería á uno de ellos se le administraron los Sacramentos, y á pesar de estar moribundo, á la mañana siguiente le hicieron continuar la marcha. Le era imposible dar un paso; más los carlistas, sin respetar su agonía, le echaron una cuerda al cuello y le llevaron arrastrando por el barranco de Ayelo, hasta que dejó la vida entre los agudos peñascos que, penetrando en sus heridas, le arrancaban á girones la carne. El otro prisionero cayó para no levantarse más, y los granujas del *requeté* se dieron un rato de fiesta machacándole la cabeza con piedras, hasta que lo remataron.

El 25 de Septiembre entró en Elda la horda carlista y quemó la estación del ferrocarril y el puente de Vinalopá, y publicó un bando condenando á *ser fusilado* á todo vecino que no pagase la contribución que señaló. Mientras tanto los carlistas saqueaban el cuartel de la guardia civil y robaban las casas de los principales vecinos.

Un comerciante de vinos, D. Lorenzo Rico Satorres, que había servido en el ejército y era de opiniones liberales, recibió una descarga de un grupo de caballería carlista cuando por sus ocupaciones salió á las afueras de la población. Cayó el infeliz bañado en sangre, y un jinete echó el caballo sobre él, levantando el sable para rematarle.

El Sr. Rico, en su agonía, queriendo librarse del golpe, se abrazó á las patas delanteras del caballo, y entonces otros carlistas recogieron el herido y lo llevaron en muy mal estado á presencia del hijo de Cucala.

Este cachorro de tigre, por toda contestación dijo á uno de sus esbirros: «Clávale el puñal hasta el puño y que no respire más.»

El carlista desenvainó su puñal, dirigiéndose á la camilla donde estaba el herido, el que, al verlo, comprendió en su agonía que iba á ser rematado, y abriendo los brazos con ademán suplicante, gimió en el estertor del moribundo: «No es menester; voy á morir.» Y cerró los ojos para siempre. No conten-

(Continuará.)

(FOLLETÓN 43.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

calles de París hasta hallarse ciertos y seguros de que el belicoso y terrible senador ha regresado á su tierra.

Nada de eso, lector querido, nada de eso. El heredero y sucesor de Daoíz y Velarde, el nuevo Rui Díaz de Vivar, es simplemente una buena persona, una persona fina y culta, que no se retrata más que entre artistas de «primo cartel» ó con la familia real, hombre amable, servicial y discreto para comprender que lo que el caso requería no era irritar más á los apaches, ni en París mismo, ni exponiéndose desde Madrid á que alguno, trasponiendo con botas de siete leguas la frontera, cayese sobre la redacción del *A B C*, sino lograr que algún diario francés admitiese y publicase la protesta. En demanda, pues, de fin de tan plausible y pacifista, lo que D. Torcuato resolvió é hizo fué poner, desde lejos, á varios periódicos extranjeros un telegrama muy comedido, teniendo cuidado, además, de hacer saber que era un «compañero», esto es, un antiguo periodista y dueño de imprenta y periódicos, pues esto le aseguraba mejor el ser complacido. De manera que, como el lector verá, del cambio de ideal heroico que hemos apuntado antes, habremos de creer que, si no fué una broma de las que suelen gastar aquellos naturales, será que los conciudadanos de D. Torcuato saben que existe, mas no saben quién es.

La historia de la literatura española nos enseña también lo poco cristiana que siempre ha sido aquella monarquía, pues en vano se buscará entre los poetas españoles uno en cuyas obras se halle nada, por ejemplo, como lo que Camoens pone en boca de Vasco de Gama, aquello de

A lei tenho daquelle á cujo Imperio
Obedece o visibil e invisibil,
Aquelle que creou todo o Hemispherio
Todo o que sente e todo o insensibil:
Que padecio deshonra e vituperio
Soffrendo morte injusta e insoffribil
E que do Ceo a terra em fim desceo
Por subir os mortaes da terra ao Ceo.

Los ingenios españoles, que para inspirarse han tenido á su disposición los grandes hechos de sus compatriotas, particularmente en el siglo xvi, no han carecido de estro poético; ¿por qué, pues, no ha con-

tado aquella monarquía con algún poema épico de primer orden? ¿Qué asunto, por ejemplo, tan propio de epopeya tal como la conquista de México? Y, sin embargo, los ingenios de aquel tiempo y del posterior en que pudo y debió hacerse, no la hicieron. ¿Por qué? Pues evidentemente por falta de unción cristiana. Positivamente se ha hecho y se hace poco caso en la católica monarquía de las lecciones de aquel que Cervantes llama «el mejor maestro de la tierra y del cielo». En legítimo fervor cristiano han sobrepujado á aquella monarquía todas las otras europeas. Así, cinco siglos antes de que el sentimiento artístico del príncipe de los ingenios españoles pusiese en boca de Don Quijote aquella descripción de los ejércitos respectivos de Alifanfaron y Pentapolin que con razón pasa por un «dechado de prosa poética», el sentimiento cristiano dictaba también análoga prosa poética al emperador Federico Barba-Roja en el reto que lanzaba á Saladino:

«Dios mediante», le decía, «te hemos de hacer saber lo que pueden nuestras victoriosas águilas, lo que valen las huestes de las naciones cristianas reunidas. Entonces sabrás lo que es la furia de los Teutones, que hasta en tiempo de paz están armados; conocerás los ribereños del Rhin; la juventud de Istria, que nunca ha sabido lo que es huir; los Bávaros, de aventajada estatura; los fieros y sagaces habitantes de la Suavia; los de la Franconia, siempre circunspectos; el Sajón, que juega con el machete; los pueblos de la Turingia y de Westfalia; el ágil Brabanzon; el Lorenés, que ignora lo que sea paz; el Borgoñon inquieto; los que habitan los Alpes; el Frison, habilísimo en lanzar el venablo; el Bohemio, que muere con la sonrisa en los labios; el Polaco, más feroz todavía que las fieras de sus bosques; el Austria, la Iliria, la Lombardía, la Toscana, Venecia, Pisa; en fin, el día señalado para el triunfo de Cristo verás que este viejo puede manejar la espada aunque tú creas que los años lo tienen ya abatido». ¡He ahí en qué se inspiraban y cómo se expresaban los emperadores de Alemania en la misma época en que los príncipes españoles peleaban, sí, con los enemigos de Cristo, pero para echarlos de casa y tardar ocho siglos en recobrar un suelo patrio que en sólo un par de meses habían perdido!

¿Qué más? Aun entre Cortés y Pizarro, es á éste, á Pizarro, á quién en

la estimación de la monarquía española se ha dado siempre la preferencia. El analfabeto, el rudo, el avariento, el cruel se lleva casi todo el entusiasmo de los Reyes Católicos. Y Hernán Cortés no forma escuela ni históricamente tiene sucesión, mientras que Francisco Pizarro ha sido norma y patrón de futuros virreyes ó gobernadores que no habian de igualarle en las calidades y habian de dejarle atrás en los defectos.

Con eso no queremos decir que Cortés mostrara siempre ser un gran cristiano; mas para los tiempos que corrian, y en comparación con todos los conquistadores y aventureros de la época, se puede calificar de cristianas las prendas que más le distinguieron, y todo hace creer, por otra parte, que los pocos actos de extrema violencia y aun crueldad en que incurrió le fueron irresistiblemente impuestos por las circunstancias. Cortés era, en fin, ó parecía un godo, mientras que Pizarro no parece que fuese sino ibero puro. Y de todos modos, ya se habrá visto, por cuanto en este capítulo dejamos indicado, que nadie arriesgaría gran cosa comprometiéndose á dejarse clavar en la frente el cristianismo de la Monarquía Católica.

CAPÍTULO XXV

DONDE EL LECTOR VERÁ QUE ACTUALMENTE, EN PLENA CIVILIZACIÓN, NO DEJA DE HABER TAMBIÉN CANIBALISMO.

Tomarse las mayores libertades con la libertad y ajusticiar á la justicia: he aquí dos de las cosas más corrientes en la monarquía española.

Allí, en efecto, si se reclama un derecho como tal, se puede dar el pleito por perdido. Lo único que gana el demandante es la enemiga y aún la odiosidad de los señores del reino y sus agentes. En cambio, como no se hace difícil que la pretensión se vea satisfecha, es solicitando á título de favor lo que sea de justicia; porque al español suele gustarle complacer, siempre que se tenga entendido que lo hace «porque le da la gana», suprema razón, sólo móvil, rarísima vez el de la justicia ó el derecho, porque allí se acostumbra á hacer todo, lo mismo lo bueno que lo malo.

El sentido jurídico se halla, pues, totalmente ausente de aquella monarquía, sin duda por las continuas y tremendas confianzas que todos los